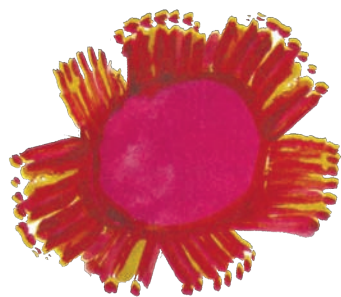


EDICIÓN
HOMENAJE
Cuentos
DE POLIDORO



Aventuras de Don Quijote



Presidencia
de la Nación

Ministerio de
Educación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Gabriel Brener

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Aventuras de Don Quijote



Subsecretaría de Equidad
y Calidad Educativa
Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación



PLAN NACIONAL DE LECTURA

Coordinadora Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora editorial

Natalia Volpe

Investigación biográfica

Jéssica Presman

Silvia Pazos

Diseño

Juan Salvador de Tullio

Elizabeth Sánchez

Mariel Billinghamurst

Digitalización de ilustraciones

Nahuel Cañada

Revisión

Silvia Pazos

Agradecemos a:

Los autores, ilustradores y sus herederos, a quienes les dedicamos esta Edición Homenaje.

Beatriz Ferro y Beatriz Doumerc, por haber avalado la iniciativa con entusiasmo.

Isol por promover este proyecto; a Judith Gociol y Pablo Medina por el asesoramiento.

Y a todos los que nos brindaron su aporte: Irene Spivacow, Miguel Spivacow, Mariana Díaz, Gabriel Barnes, Pablo Conti, Nelda Abed, Lorenzo Amengual, María Teresa Andruetto, Lidia Blanco, Guillermo David, Laura Devetach, Susana Fitere, Istvansch, Susana Itzcovich, Juan Lima, Ángela Ruggiero, Julia Saltzmann, Carlos Silveyra, Amanda Toubes.

ALLJA, Asociación La Nube, Argentores, Biblioteca Nacional, CEDILIJ.

La publicación de los textos e ilustraciones ha sido autorizada por sus autores y/o herederos, salvo en aquellos casos en que las búsquedas no permitieron hallar datos.

Cervantes Saavedra, Miguel de

Aventuras de Don Quijote / Miguel de Cervantes Saavedra ; adaptado por Cristina Gudiño Kieffer ; ilustrado por Oscar Grillo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2014.

144 p. : il. ; 25x19 cm. - (Homenaje Cuentos de Polidoro / Adriana Redondo; 1)

ISBN 978-950-00-1042-9

1. Fomento del Libro y la Lectura. I. Gudiño Kieffer, Cristina, adapt. II. Grillo, Oscar, ilus.
CDD 028

Fecha de catalogación: 11/09/2014

Prólogo

Los Cuentos de Polidoro vuelven a las manos de niñas y niños, a las de sus padres, abuelos y educadores. Esta *Edición homenaje* publicada por el Ministerio de Educación de la Nación es un genuino reconocimiento a la producción innovadora en libros infantiles que desplegó el Centro Editor de América Latina.

De la mano de Boris Spivacow, junto a un entusiasta y creativo grupo de colaboradores, este proyecto editorial de vanguardia se sostuvo en nuestro país desde 1966 hasta 1995. Sus colecciones promovieron la democratización de la cultura nacional y universal a través de materiales accesibles, atractivos y de excelente calidad para todas las edades.

En esta edición de los Cuentos de Polidoro, se reúne una selección de narraciones que en varios tomos entrelaza cuentos clásicos, leyendas latinoamericanas y mitos europeos junto a las inefables historias de Don Quijote de la Mancha. Valiosos autores, adaptadores e ilustradores hicieron de cada una de ellas un encuentro con la belleza, el humor y la imaginación.

Estos libros pasan ahora a formar parte de un conjunto más amplio, conformado por los miles de títulos y millones de ejemplares que a lo largo de estos años hemos enviado a todas las escuelas de nuestra patria, para promover y afianzar la lectura de nuestros niños y jóvenes. En ese universo de palabras e imágenes que hemos puesto a disposición de nuestros docentes, estamos seguros de que ellos sin duda brillarán con luz propia en cada una de las bibliotecas escolares donde sean acogidos.

Queda, entonces, solo compartirlos y disfrutarlos.

Alberto Sileoni

Ministro de Educación

La vuelta de un Quijote

“¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?”, inquiera el rey en “El ruiseñor”, uno de los relatos que integran esta Edición Homenaje a *Cuentos de Polidoro*, la serie publicada por el Centro Editor de América Latina (CEAL), del mítico Boris Spivacow.

“¡Su Majestad no debe creer en todo lo que lee!”, le responde un servidor. Pero el monarca insiste.

El proyecto esbozado por el editor, por el diseñador Oscar Negro Díaz y por la escritora Beatriz Ferro (pasadas las 60 entregas fue reemplazada por Susana Bahamonde) se concretó en 1967, un año después de fundado el sello. Traducciones, adaptaciones y versiones libres de cuentos clásicos y libres de derechos que se hacían eco de las innovaciones –determinantes para el rumbo que tomó la literatura infantil– impulsadas por poetas como María Elena Walsh y Javier Villafañe, quienes se dirigían a chicas y chicos con inteligencia y sin didactismos. Los *polidores* explotaban el humor, la ironía, el absurdo y el desparpajo con un lenguaje directo y cotidiano, en un abanico que va desde cuentos duramente crueles a historias de inmensa poesía.

Leídas en esta reedición, algunas de estas historias pueden resultar políticamente incorrectas para los parámetros actuales: desde un padre que acompaña pasivamente el abandono de sus hijos y un chico que roba y mata a un gigante sin ser castigado, hasta relatos que se refieren a los indios y no a las culturas originarias. Un valor adicional de esta nueva publicación es poder poner en debate las concepciones culturales de entonces y de ahora.

El mayor impacto lo causaba –y todavía lo causa– el tratamiento gráfico de la serie: bellas y variadas técnicas pictóricas y de diseño que sorprendían, desconcertaban y provocaban a los chicos, en un momento en que las ilustraciones estaban más bien relegadas a una función de paratextos. Aquí las imágenes no acompañan a las palabras sino que posibilitan una lectura independiente. Los *polidores* fueron ilustrados por dibujantes sabiamente detectados, que por esos años publicaban sus primeros trabajos y luego fueron reconocidos artistas.

Con esta serie, además, el Centro Editor probó la venta semanal en quioscos,

un sistema que resultó un éxito sin precedentes y se volvió una marca de fábrica, junto a otra gran innovación: la publicación de materiales en fascículos. Pero sin duda, lo más revolucionario del proyecto de Spivacow fue la combinación entre precio, cantidad y calidad. El editor sostenía que un libro debía costar “el equivalente a un kilo de pan”. Y no hay nada más sabiamente subversivo –en el mejor sentido de la palabra– que relacionar estos dos alimentos básicos.

El CEAL llegó a lanzar unos 5.000 títulos en más de 70 colecciones y, aún desde el ámbito privado, resultó la propuesta *pública* de promoción de la lectura de mayor envergadura que tuvo este país. Por eso, que esta nueva publicación parta de un ámbito oficial es una señal digna de destacar.

Los 80 relatos que componen los *Cuentos de Polidoro* tuvieron por lo menos tres ediciones realizadas por el propio Centro (1967/1977/1985) y luego compilaciones en tapa dura como *El mundo encantado de los cuentacuentos*, *Cuentos para niños* y *Los hermosos libros*, algunas de las cuales se vendían a crédito. Varios títulos de la serie fueron reeditados en México –en convenio con la Secretaría de Educación Pública– y también aparecieron en Bolivia en una tirada especial de la Secretaría Nacional de Educación. Prueba de que se trataba de un material de avanzada es que cada una de esas veces suscitó un gran interés.

Los tomos que ahora se presentan no incluyen el contenido total de los fascículos lanzados a partir de 1967, sino una selección reagrupada, basada –quizás– más en la potencia gráfica que en los contenidos de los relatos.

En la versión original, el último libro publicado es *La vuelta de Don Quijote*, un bello canto de amor a la literatura. Que esta colección empiece con esa misma historia es, además, otro gesto de reconocimiento a Spivacow, considerado por muchos un Quijote: un editor voraz, soñador y empedernido que, como el monarca de “El ruiseñor”, encontró en los libros la verdad.

Judith Gociol

Periodista e investigadora de temas culturales

Tesoro recobrado

Durante los últimos años, con varias personas y en algunos artículos hablé de mis ansias por ver publicada una reedición de los Cuentos de Polidoro, que hasta hoy eran libros de culto para algunos memoriosos. Conversamos en distintas oportunidades con Beatriz Ferro, que agradeció y se interesó mucho por la iniciativa. También se entusiasmó Beatriz Doumerc (escritora y esposa de Ajax Barnes). Lamentablemente no pudieron ver este proyecto concretado. Es raro lo que sucede con los libros que uno ama, y más con los que acompañaron en la infancia. Son parte de la familia, serán personajes de nuestros sueños para siempre.

Me emociona pensar que esta edición es un homenaje, un agradecer. A todos esos escritores y dibujantes les agradezco el hecho de no haber mezquinado la emoción y la búsqueda en el trabajo a realizar, sin prejuicios acerca de su público infantil, con respeto por el lector y por su propia creación, poniendo toda la carne al asador en lo que hacían. Contagian libertad. Y por suerte no me habían vacunado contra eso.

Ilustradores como Sábat, Ajax Barnes, Napoleón, Grillo, Alba Ponce y otros de los que participaron en esta colección hicieron unos dibujos que se quedaron a vivir en mi retina, casi como un criterio estético. Sus imágenes constituyen mi folclore como ilustradora, una mirada que me influyó y me sedujo de niña con la lectura de esas fascinantes historias. Y siguen siendo apetitosas al paladar contemporáneo como si fueran manzanas frescas... Cuando muestro estas obras en el exterior se quedan con la boca abierta por su potencia y libertad estética.

El hecho de que vuelvan para nuevas generaciones de argentinos es riqueza cultural recobrada, y siento mucho orgullo de esta herencia. Una alegría, además, que se distribuyan en escuelas y bibliotecas de todo el país. No se me hubiera ocurrido un plan mejor ni un homenaje más lindo.

¡Ahora, a disfrutar!

Isol

Ilustradora

Participan de esta colección

Quiénes escriben



Hans Cristian Andersen

Dinamarca, 1805-1875. Publicó poesía, teatro, novelas y libros de viaje, aunque se popularizó por los cuentos de hadas. Entre sus más de 150 relatos, se encuentran *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La Sirenita*, *El ruiseñor* y *El traje nuevo del emperador*. Ha sido traducido a más de 80 idiomas y sus cuentos fueron adaptados a ballet, cine, teatro y obras plásticas.



Charles Perrault

Francia, 1628-1703. Trabajó como funcionario y compuso muchas loas al rey Luis XIV. Recién a los 55 años publicó *Historias o cuentos del pasado*, más conocido como *Cuentos de mamá Oca*, primera edición escrita de, entre otros, *Caperucita Roja*. Se trata de uno de los primeros trabajos de recopilación de las historias de tradición oral. A cada relato, Perrault le agregó sobre el final una sentencia o enseñanza moral.



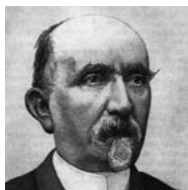
Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

Alemania, 1785-1863 y 1786-1859. Tras egresar de la Universidad de Marburgo, se dedicaron al estudio de la lengua, tanto desde la investigación como desde la docencia. Su gran interés por los cuentos folclóricos se concretó en la publicación de *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812 y 1815), una recopilación en dos volúmenes de antiguos relatos de tradición oral adaptados para niñas y niños, como *Cenicienta*, *Rapunzel*, entre otros.



Miguel de Cervantes Saavedra

España, 1547-1616. Poeta y dramaturgo, es considerado el gran representante de la lengua española y uno de los padres de la novela moderna. En 1605 publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y diez años después su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Las andanzas del hidalgo y su compañero Sancho Panza parodian los relatos de caballería y se convirtieron en un éxito inmediato. Hasta hoy, es el libro más traducido y editado de la historia, solo superado por la *Biblia*.



Carlo Collodi

Italia, 1826-1890. Periodista y autor, escribió novelas y comedias, e ingresó a la literatura infantil en 1875 con *Racconti delle fate*, una traducción de los cuentos de hadas en francés de Charles Perrault. En 1880 comenzó a publicar por entregas *Storia di un burattino* (Historia de un títere) también llamado *Bambinino*, que salía semanalmente en *Il Giornale dei Bambini* (el primer periódico italiano para niños). Esa serie integrará luego *Las aventuras de Pinocho*.

Quiénes cuentan



Horacio Clemente

Argentina, 1930.

Escritor, periodista, fotógrafo; historietista de *Misterix* y *Rayo rojo*. Sus cuentos para chicos se publicaron en diarios y revistas infantiles, como *Humi* y en muchas editoriales. En el CEAL escribió para Cuentos de Polidoro, adaptando relatos de *Las mil y una noches*; también participó de la colección Libros del Quirquincho bajo la dirección de Graciela Montes.



Neli Garrido de Rodríguez

Argentina, 1942.

Escritora. Fue titiritera, docente y periodista en diversos medios. Su obra fue distinguida, entre otros, por la SADE (*Leyendas argentinas*) y por la Cámara Argentina de Publicaciones (*100 Cuentos*). Para la colección Cuentos de Polidoro escribió *El príncipe que perdió la risa*, *El bada Globo Azul*, entre otros.



Beatriz Doumerc

(Beatriz Barnes)

Argentina, 1929-2014.

Escritora, formada en Bellas Artes. En colaboración con su marido, el ilustrador Ajax Barnes, publicó decenas de libros, principalmente dirigidos a chicas y chicos.

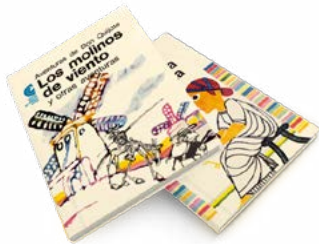
En el CEAL escribió para la colección Los cuentos del Chiribitil: *Vuela, Mariquita* y *Tatarafábulas*; para la colección El mundo encantado de los cuentacuentos; y para la colección los Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *El rey y el leopardo*, entre otros.



Beatriz Ferro

Argentina, s/d-2012.

Escritora, periodista e ilustradora, fue precursora en la edición de libros para la infancia. En Editorial Abril, dirigida por Boris Spivacow, escribió para las colecciones Bolsillitos y Gatito, junto a Héctor Oesterheld (con el seudónimo de Héctor Puyol), Inés Malinow, Pedro Orgambide. Ideó, dirigió y redactó los fascículos de la enciclopedia *El Quillet de los niños*, con ilustraciones de Oski, Enrique Breccia, Ajax Barnes y el diseño de Oscar Negro Díaz. Junto a María Elena Walsh elaboró la *Enciclopedia Veo Veo*, de Editorial Hyspamérica. Estuvo a cargo de las colecciones infantiles de Eudeba y el CEAL, donde dirigió las míticas colecciones del Chiribitil y Cuentos de Polidoro. Fue candidata al premio Hans Christian Andersen en 2008.



Cristina Gudiño Kieffer

Argentina, 1946.

Vive en Buenos Aires. Es autora de cuentos para chicas y chicos y colaboró en la redacción de enciclopedias infantiles. Sus relatos fueron publicados en la Argentina, España y México. En el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro, adaptó y escribió: *La tierra ya está hecha, Teseo y el Minotauro, Pandora, Las aventuras de Ulises, La flecha mágica*, y la serie de *Don Quijote*, entre otros.



Inés Malinow

Argentina, s/d.

Escritora. Estudió Letras, dictó talleres de escritura, publicó poesía y narrativa. Cuenta con una vasta trayectoria en el ámbito infantil. Para la colección Bolsillitos de la Editorial Abril, creó las series Cucucito, Escamita, Inosito y Pepe Bolsillitos. En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *Pinocho en el país de los juguetes; Pinocho y la ballena; Pinocho, el gato y la zorra*, entre otros.



Aurelio Queirolo

s/d. Escritor.

En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia, El elefante triste, El ratón azul, La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*.



Beatriz Mosquera

Argentina, 1940. Vive en Buenos Aires. Escribió para la infancia: *Los cuentos del abuelo; Rulo y Pelusa; Hermanitos*; y también en la Colección Polidoro. Sus libros de lectura se publicaron en la Argentina, Perú y Venezuela. Luego se dedicó a la escritura teatral (*El llamado; La luna en la taza; La irredenta; Violeta Parra y sus voces*) y a la narrativa (*Nadie tiene por qué saberlo*, entre otros).



Yalí

(Amelia J. Foresto de Segovia)

Argentina, s/d.

Autora de cuentos para chicas y chicos, publicó *Cuentos infantiles*. Escribió y adaptó muchos relatos que integraron la colección Cuentos de Polidoro del CEAL: *Brita y las normas, El atado de heno, El duende de la granja, En el país de los gigantes, La pajarita de papel*, entre otros.

Quiénes ilustran

Agi

(Magdalena Agnes Lamm)

Hungría, 1914-1996. Estudió dibujo, pintura, escultura y diseño de modas en Viena. Emigró a la Argentina en 1940. Fue premiada en el Festival Infantil Internacional, por las ilustraciones de una versión en italiano de *La Sirenita*. En Editorial Abril, participó en la colección Bolsillitos y el Diario de mi amiga. Fue muy reconocida también por sus artesanías, muñecas y tapices inspirados en el arte de pueblos originarios del noroeste argentino.



Chacha

(Sara Amanda Conti)

Argentina, s/d-1984. Hermana mayor del historietista Oski. Artista plástica, ilustró cuentos para varias colecciones, entre otras: Bolsillitos y Gatito en Editorial Abril. En el CEAL: Los cuentos del Chiribitil, donde dibujó *Los zapatos voladores*, de Margarita Belgrano; *Viaje al País de los Cuentos*, de Graciela Melgarejo; *Chavukú*, de Sofía Laski. También ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *En el país de los gigantes*, *Brita y las nornas*, *El espíritu del bosque*, *El atado de heno*, entre otros.



Ayax Barnes

Argentina, 1926-1993. Dibujante e ilustrador. Si bien la mayor parte de su tarea se concentró en libros infantiles, elaboró también afiches, papelería, envases y arte de discos. Trabajó en dos colecciones fundantes de la literatura infantil de América Latina: Cuentos de Polidoro y Los Cuentos del Chiribitil, y en la enciclopedia *El Quillet de los niños*, dirigida por Beatriz Ferro. Junto a su compañera, la escritora Beatriz Doumerc, publicó más de veinticinco obras, entre ellas *La línea*, que recibió el premio Casa de las Américas en 1975. Creó, junto a Beatriz Ferro y Oscar Díaz, el logo del elefante para la colección del CEAL.

Ignacio Corbalán

Argentina, 1931-1999. Artista plástico y fotógrafo. Se formó en el taller de Demetrio Urruchúa y luego en fotografía y diseño. Realizó producciones fotográficas para diversas editoriales. En el CEAL, tanto en los libros infantiles como en las colecciones para adultos, hizo innumerables fotografías y portadas, como la serie Encuentro; y la colección Mi país, tu país; entre otras. Fue coautor, junto a Fermín Chávez y María Inés Duke, de muchos ejemplares de la serie La Historia Popular: Vida y milagros de nuestro pueblo.

Amalia Cernadas

Argentina, 1939. Vive en Buenos Aires. Se dedicó intensamente a la literatura infantil como ilustradora. En el CEAL fue editora de arte y también dibujó algunos libros de la colección Cuentos de Polidoro: *Los dioses campeones*, *La selva del Yasi-Yateré*, *El árbol de la luna*, *El cuento de la noche*, entre otros.

Gioia Fiorentino

s/d. Ilustradora, artista y escenógrafa. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*, entre otros.





Marta Gaspar

Argentina, 1938. Desde mediados de los 70 vive en Europa. Artista plástica, comenzó a pintar siendo muy joven; su primera muestra fue en 1963 en Rosario. Realizó exposiciones en Nueva York, y ciudades de Italia y Francia; con su marido Napoleón (Antonio Mongiello Ricci) expuso *Mon cirque à moi*, en París en marzo de 2012. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *La zorra y las uvas*, *El rey y el leopardo*, entre otros.

Alba Ponce

Argentina, s/d. Grabadora. Entre otros, ilustradora de: *Poemas para niños*, de Elsa Bornemann, de la Colección Pétalos; *Poesía infantil. Estudio y antología*; y en el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro: *El hada Globo Azul*, *El príncipe que perdió la risa*, *Meñique*, entre otros.



Oscar Grillo

Argentina, 1943. Vive en Londres. Artista plástico, ilustrador y dibujante de historietas. Estudió en la entonces vanguardista Escuela Panamericana de Arte y publicó por primera vez en la revista *Tía Vicenta*. Realizó ilustración editorial, publicidad y cine. Desde fines de los 60 trabaja en animación: junto a Ted Rockley fundó Klacto Animations donde produjo cortometrajes y comerciales; colaboró en televisión (*Popeye*) y participó en superproducciones como *Toy Story* y *Men in Black*.

Hermenegildo Sábat

Uruguay, 1933. Vive en Buenos Aires. Artista plástico, docente, caricaturista. publicó libros de pintura, música, literatura, actualidad argentina e internacional, y realizó numerosas exposiciones. Su trayectoria ha sido distinguida con importantes premios, entre ellos Personalidad Emérita de la Cultura Argentina; el María Moors Cabot al periodismo, de la Universidad de Columbia, Nueva York; el Premio Nacional Pedro Figari de Pintura, en Uruguay; y Premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano dirigida por Gabriel García Márquez.

Napoleón

(Antonio Mongiello Ricci)

Argentina, 1942. Vive en Francia. Artista plástico y dibujante. Comenzó a publicar a fines de los 50 en *Tía Vicenta* y más tarde en *Leoplán*, *Adán*, *Noticias*, *Satiricón*. Radicado desde 1976 en Europa –donde cambió su seudónimo por Napo–, desarrolló una intensa actividad como humorista e ilustrador en importantes editoriales y publicaciones en Francia, Alemania, España e Italia. Además, realizó exposiciones individuales y colectivas en diversos países europeos y Estados Unidos.





Adaptado por: Cristina Gudiño Kieffer

Ilustrado por: Oscar Grillo

EL
MUNDO
DE
DON
QUIJOTE





En un rincón del pequeño país de La Mancha, que queda en España, vivía un señor flaco, alto y cincuentón. Algunos dicen que se llamaba Quijada. Otros dicen que se llamaba Quesada. Otros dicen que ni de una ni de otra manera. Pero ese detalle no importa demasiado.

Lo que sí importa es saber que este señorón no se preocupaba de casi nada. Ni de su campo ni de su casa ni de su ama de casa ni de su sobrino ni de su amigo el cura.

Lo único que le interesaban, eran sus libros. Grandes y chiquitos, gordos o flaquitos, los libros y solo los libros ocupaban todos sus días y todas sus noches. Pero sus libros eran muy especiales: eran libros de caballería.

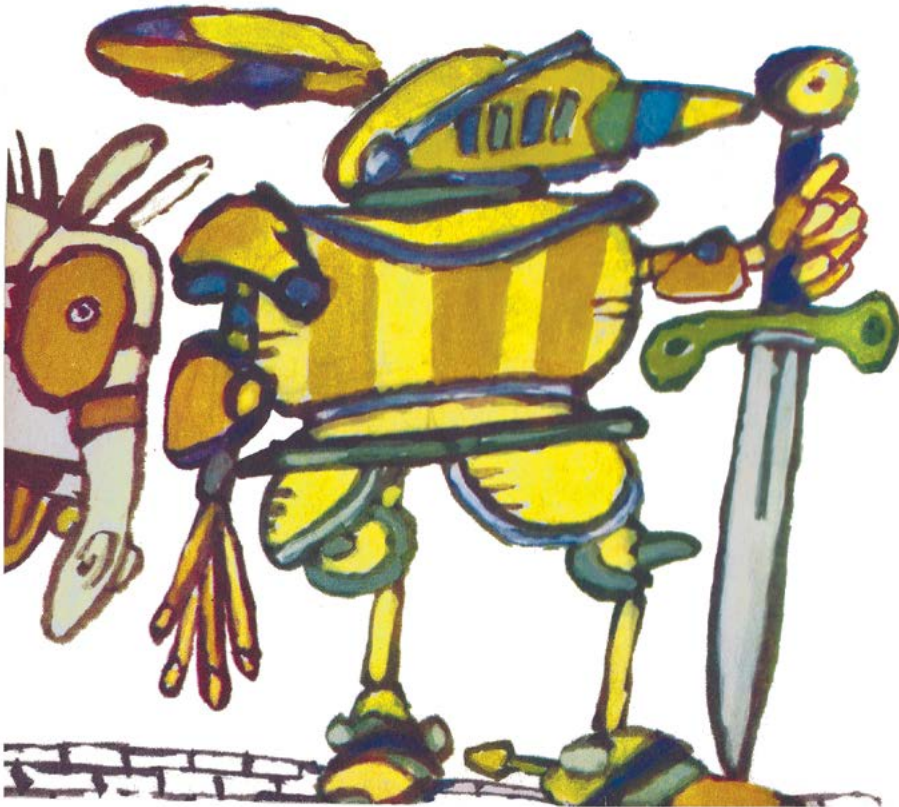
Lo cual quiere decir que en sus páginas vivían las hadas, los magos, algunos sabios, jarabes milagrosos, encantamientos, gigantes, los malos y... los buenos.

Los buenos eran, por supuesto y casi siempre, los caballeros andantes. ¡Los caballeros andantes! Esos señores guerreros que iban siempre a caballo por todas partes, metiéndose en líos y más líos.

Esos señores que no asomaban la nariz fuera de casa si no llevaban puesta su complicadísima armadura y su pesado yelmo (que era un casco con visera) y si no llevaban en una mano el escudo y en la otra la lanza.

Esos señores que no estaban tranquilos si no tenían cada cual su novia a quien ofrecer hazañas y proezas. Que andaban de torneo en torneo y de duelo en duelo.

Esos señores que estaban siempre entre hadas y magos y que llevaban en los bolsillos pomaditas mágicas y filtros de amor.



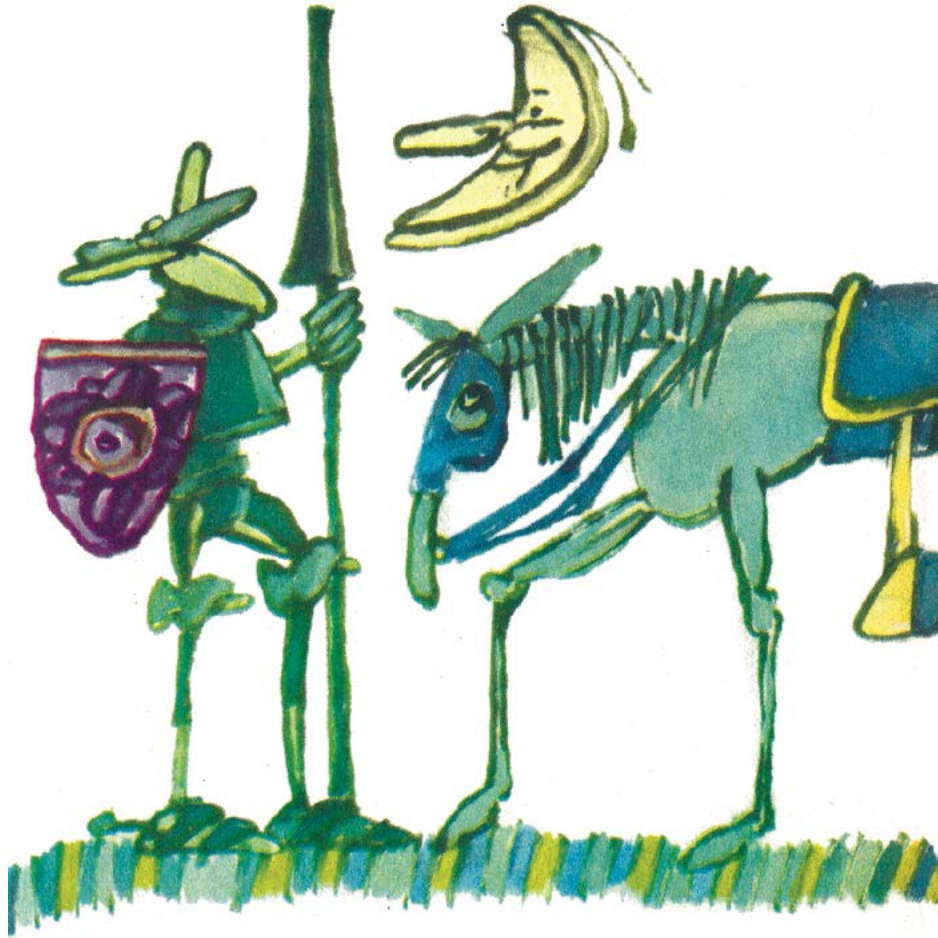


Y tanto lo embarulló a aquel señor Quesada o Quijada, o como se llamara, el mundo de los libros de caballería, que terminó por soñar despierto.

Soñaba con armaduras importadas y con yelmos espantamoscas. Y veía magia, aventuras y caballeros andantes hasta en la sopa. De esta manera empezó a hacer disparates de lo más divertidos.

Empezó a creer que él también era un caballero andante como el más andante y más caballero de todos los caballeros andantes. Empezó a vestirse como un caballero, o mejor, casi como un caballero, porque su armadura y escudo eran de cartón, sus armas eran las de su tatarabuelo, y estaban herrumbradísimas. La dulce dama a quien iba a servir, como si fuese su novia, era una aldeana vecina a quien le dio el nombre de Dulcinea del Toboso. Nombre que sonaba muy bien.



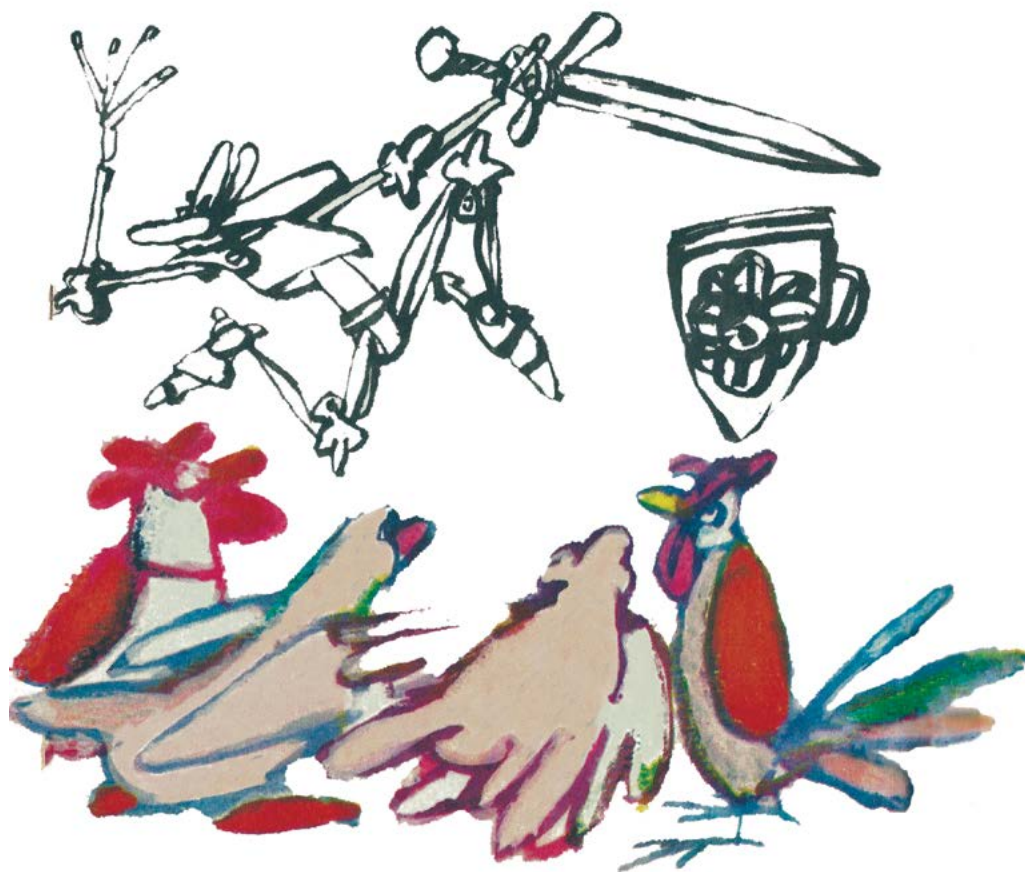


Empezó a llamarse él mismo Don Quijote de la Mancha (otros lo llamaban después El Caballero de la Triste Figura). Y a su caballo, que era más flaco que un palo de escoba, lo llamó Rocinante. Empezó su iniciación como caballero quedándose toda la noche, con los ojos como medialunas, vigilando sus armas.

Y tomó todas estas cosas muy en serio.

–Todo el mundo me necesita –murmuraba mientras cepillaba la cola del recién bautizado Rocinante–. La incomparable Dulcinea del Toboso me pide que ayude a los pobres, que despanzurre gigantes, que gane torneos...

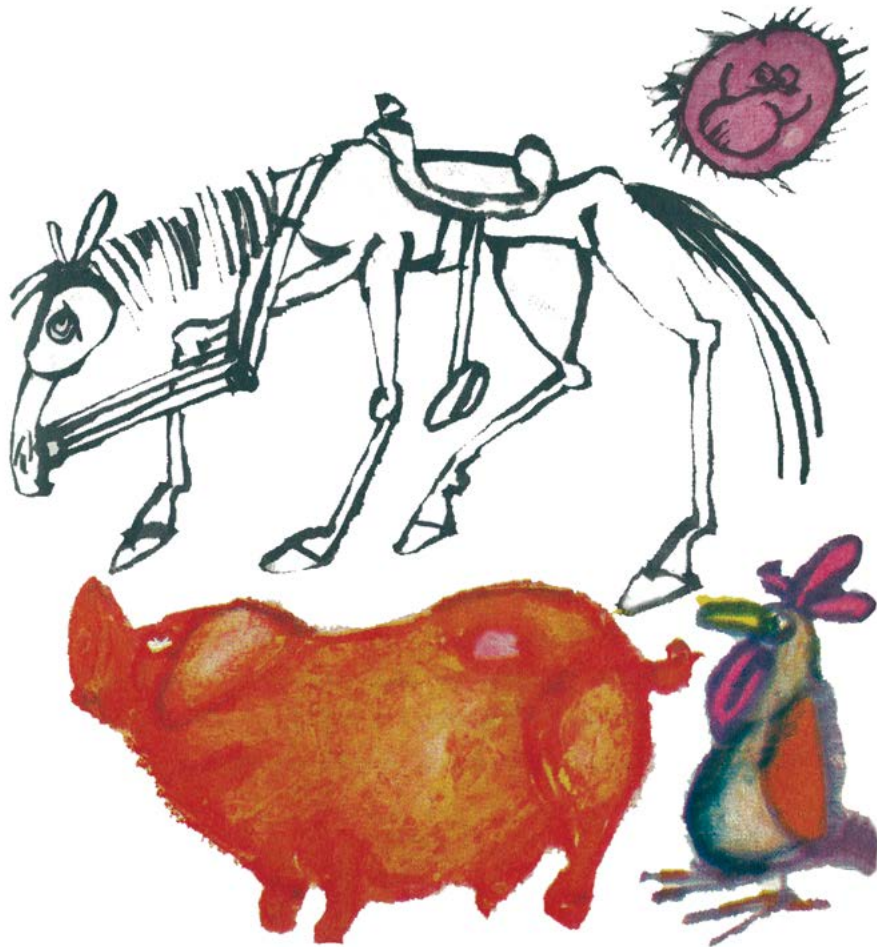
Y acompañaba cada uno de estos estribillos haciendo pruebas y piruetas.

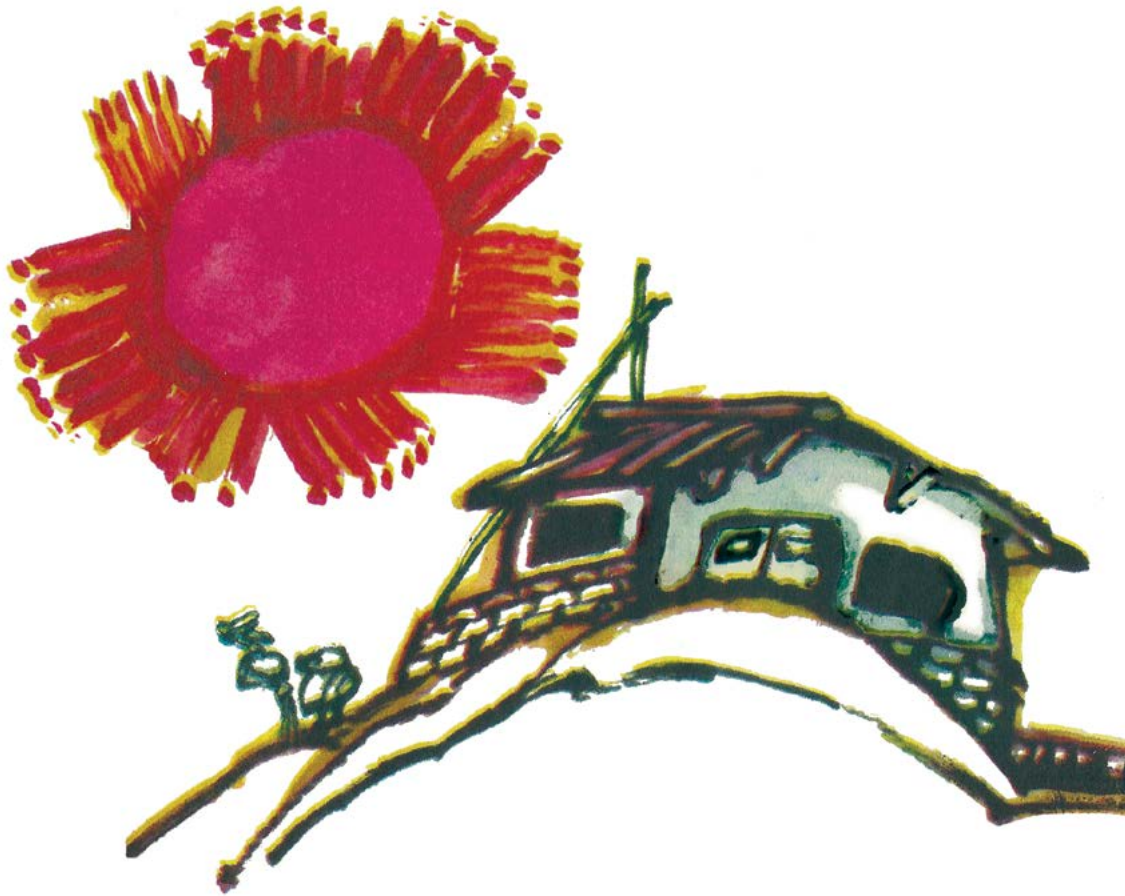


Por ejemplo, daba unos lindos golpes de espada a su escudo, para probar si era lo suficientemente fuerte como para pelear con los gigantes.

¡Pero lo único que comprobaba era que su escudo no resistiría ni un estornudo del más miserable enemigo!

—¡También! —seguía murmurando mientras se ataba la armadura a las costillas—. Mi honor, mi valentía, mi lealtad me impulsan a buscar aventuras...





Y así, entre tanto armar y desarmar, recitar y murmurar, llegó el día en que pensó que lo único que le faltaba era el escudero. Fue a casa de un vecino suyo, labrador, y le dijo:
–Amigo Sancho Panza, te vengo a honrar con un ofrecimiento: ¿quieres ser mi escudero?



—¡Por supuesto, su señoría! —contestó Sancho, aunque no había entendido ni jota.

—Será un gran honor para ti —le aseguró Don Quijote—. Acompañarás a un importantísimo caballero, que soy yo, y recibirás como premio una isla para que la gobiernes tú solito.

A Sancho Panza esto último le pareció fantástico. ¿Ser gobernador y su querida mujer gobernadora? ¡Ni en sueños se le había ocurrido nada tan maravilloso!

Corrió a preparar su burro y a llenar sus alforjas con mucha comida, porque tenía una gran panza que rellenar.

Al día siguiente, al Sol, de la sorpresa, se le cortó su primer bostezo. ¡No podía creer lo que veía! ¡Un señor tan alto y tan flaco y otro tan rechoncho y gordinflón! ¡Un caballo tan flaco y un borrico tan resignado!

En una palabra, dos locos de atar, que se alejaban poquito a poquito de la aldea.

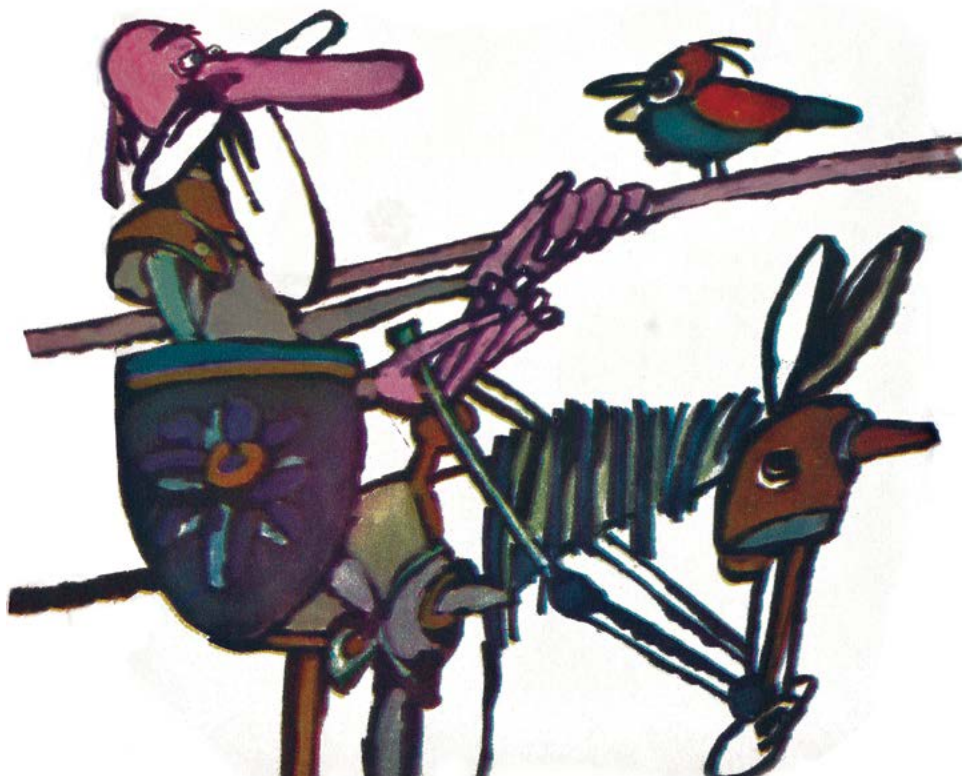




—¿Adónde vas, Don Quijote? —le cantó un pajarito preguntón que ya lo había visto varias veces, pero nunca con unos ropajes tan raros y con aquella lanza tan larga, que casi le hacía perder el equilibrio.
—¿Adónde vas, Sancho Panza? —le preguntó una lagartija al buen campesino.

Pero ni uno ni otro podían contestar.

Sancho, porque ya estaba pensando en la siesta que se iba a pegar después de comer, y Don Quijote porque estaba pensando en su señora Dulcinea, a quien abandonaba para buscar aventuras quién sabía dónde y a qué distancia.





Porque sin aventuras no hay caballero andante.

Y sin caballero andante no hay aventuras.

¡Pero las señoras aventuras tardaban en aparecer y ya habían caminado casi todo el día!

–Señor Don Quijote –preguntó Sancho, que ya no daba más–, ¿no nos vamos a tomar un descansito?

–Señor Don Quijote –pensaba el burro en que iba montado Sancho–, cómo se ve que no llevas sobre tus espaldas más que un poco de aire, pues si estuvieras en mi lugar, hace rato que te hubieras detenido a descansar.

Y ya el Sol se iba a acostar sin diversión alguna,
cuando el viento le dijo:

–¡Espera un poco, que nos vamos a reír a costa de Don Quijote!

Y empezó a hacer lo único que sabe hacer el viento: soplar.

Sopló y sopló.

Y no solo el pastito empezó a bailar al son del viento,
sino también las aspas de los molinos de viento que había
por allí. ¡Y que eran unos cuantos!





—¡Mira, Sancho! —gritó Don Quijote regocijado—. ¡Cuarenta gigantes me amenazan agitando los brazos!
Y sin pensarlo dos veces, se lanzó al galope, la lanza en ristre, en dirección a los molinos...

Sancho se pegó tal susto, que casi se cae de su burro. Pero enseguida se le pasó el miedo, no porque fuera valiente, sino porque no vio ni un solo gigante a su alrededor. Sólo vio los molinos de viento. ¡Y la verdad es que parecían gigantes!

Pero ya era demasiado tarde para advertir a Don Quijote. ¡Porque este ya se había estrellado contra las furiosas aspas de los molinos! Y con honor y todo había volado por el aire. Rocinante se dio un porrazo formidable.

La lanza quedó rota en un millón de astillas.
Tan duro estaba Sancho sobre su cabalgadura, que le costó bastante bajar de ella y correr a socorrer a su señor como correspondía a un escudero correcto.

–¡Ya me parecía –gimoteaba– que no eran gigantes, sino molinos de viento comunes y silvestres, señor Don Quijote! ¡Ahora sí que está usted hecho una Triste Figura!

–¡Ay, qué ciego eres, Sancho! –pudo decir entre hipos Don Quijote–. ¡Eran gigantes, y muy gigantes! ¡Solo que ese envidioso y entrometido del sabio Frestón los convirtió en molinos para quitarme la gloria de derrotarlos!

–¿El sabio Frestón?

–¡El sabio Frestón, Sancho, el sabio Frestón! ¡Es mi peor enemigo, y por culpa suya estoy ahora sin lanza, sin gigantes prisioneros y con el honor por el aire!

Así, pues, Don Quijote con los huesos molidos y Sancho con el corazón todo apenado, subieron de nuevo a sus respectivas cabalgaduras y partieron al pasito.





Aquella noche, mientras Sancho dormía y soñaba con la isla que iba a gobernar, Don Quijote se hacía una nueva lanza con una rama seca y fuerte al mismo tiempo que pensaba en Dulcinea y en la carta que le iba a mandar con su fiel escudero:





*A la hermosa Dulcinea del Toboso, de su valiente y esforzado
Caballero Don Quijote de la Mancha.
Aquí estoy, Dulcinea, separado de ti por muchas leguas y por la
noche que no quiere terminar nunca.
Hoy tuve una lucha con gigantes que fue malograda por el odioso
Frestón, de quien seguramente habrás oído hablar y de quien
te ruego tengas mucho cuidado porque es una mala persona.
Mañana recuperaré lo perdido y seguramente dentro de poquitos
días te llegarán deslumbradoras noticias de mí. Adiós, Dulcinea.*

Y al fin se durmió pensando que realmente el día siguiente iba a ser portentoso. Tal vez al otro día salvaría a alguna princesa de la muerte, a algún pajarito de un gato, y tal vez conquistaría una isla para su escudero Sancho Panza...



LADES-
COMU-
NAL
BATALLA
DE
DN QUOTE 



El mundo tenía visitas: dos señores que andaban dando vueltas por todo el país de La Mancha, allá en España. Aquellos señores eran Don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote, caballero andante. Sancho Panza, su escudero y servidor.

El primero montaba un caballo, que se llamaba Rocinante.

Rocín quiere decir caballo.

Y el segundo montaba un burro, que como todos los burros que existen, era muy querido y regaloneado por su dueño.

Don Quijote iba buscando aventuras para volverse famoso e importante.

Sancho Panza lo acompañaba porque no hay caballero sin escudero, y además porque era muy bueno,

ya que Don Quijote necesitaba ayuda en todo momento.





Porque en vez de la señora Buena Suerte y del señor Éxito, hasta aquel momento no se habían encontrado más que con la señora Palos y más Palos y con el señor Líos y Problemas. —¡Mezcla de rey y pobre diablo! Eso es un caballero andante!— suspiraba Sancho, como si fuera un pajarito gordinflón. —¡Sssshhhh! ¡Silencio! ¡Presta atención! ¿No oyes nada? —le susurró Don Quijote olisqueando una aventura. —¡Sí! ¡Un ruido que se hace cada vez más fuerte! ¡Y veo polvo y más polvo! ¡Como si fuera un rebaño de ovejitas que viniera a todo correr! —¡Es cierto! ¡Hay algo que viene a todo lo que da! Pero no son mansas ovejitas, como tú crees. ¡Son terribles guerreros! ¡Ejércitos feroces, dispuestos a pelear!



Sancho se asustó; pero, por no hacer un papelón,
no dijo nada y esperó.

—¡Es el Príncipe Pentapolín del Arremangado Brazo,
que se va a enfrentar con el rey Alifanfarrón! —anunció
Don Quijote, experto en inventos de este tipo.

Dando prisa a sus respectivas monturas,
subieron a una loma para dominar bien a los dos ejércitos.
O... mejor dicho, a los dos rebaños de ovejas que Don Quijote
había tomado por ejércitos que venían a luchar.
Don Quijote veía guerreros famosos, reyes mundialmente
conocidos, gigantes popularísimos.

Sancho, que se estaba quedando sordo de tanto barullo, le dijo:
–Señor, perdóneme, pero no veo nada de lo que nombra con tanto entusiasmo. No veo ni caballeros ni gigantes ni reyes famosos ni escudos. ¿Estaré encantado? ¡No veo más que dos rebaños de ovejas que se cruzan!

Don Quijote creyó que Sancho no quería pelear.

–¡Es el miedo que te impide ver los ejércitos y oír los clarines, los tambores y los relinchos de los caballos!



—¡Lo único que oigo son balidos de ovejas! ¡y bien clarito que los oigo!

—¡Si no quieres pelear a mi lado, yo me basto solo para deshacer estos dos ejércitos en un santiamén!

Y se lanzó hacia la polvareda que levantaban los rebaños, apuntando con la lanza y gritando:

—¡Seguidme caballeros de Pentapolín! ¡Bajo mi dirección acabaremos con el rey Alifanfarrón!

Las ovejas se quedaron mudas de asombro. Ni un balido se oyó durante un segundo. Después, empezaron a correr en todas direcciones. ¡La oveja que según Don Quijote era Alifanfarrón,





se cayó al suelo del susto! Y los pastores empezaron a gritar. Pero, viendo que sus gritos no detenían a Don Quijote, empezaron a arrojarle piedras.

—¡Llueven piedras sobre mí! ¡Lanzas y espadas!

Y ya no pudo seguir porque se cayó en un arroyo, enredado en la lanza, con el yelmo de cartón hecho pedazos y su Rocinante helado de espanto.

Sancho, como siempre, corrió a ayudarlo.

—¡Ovejas y no guerreros! ¡No me diga después que no le previne! —gritaba y se quejaba el escudero.

—¡Ay, Sancho! ¡Nunca entenderás que el envidioso de Frestón, ese mago meterete, de nuevo me hizo una de las tuyas! ¡Convirtió a los ejércitos en rebaños y me dejó en este

estado desgraciado! –le explicaba Don Quijote, que se había quedado sin dientes, pero no sin ganas de continuar en la lucha—. ¡Con la pomadita de Fierabrás, que lo cura todo, me repondré enseguida!

Aquella pomadita, lo único que tenía de mágico era el fervor con que la cuidaba Don Quijote y el respeto con que la olía Sancho cada vez que su amo la sacaba de las alforjas. Pero, aunque fuera de mentirita, la pomadita de Fierabrás curaba.





Y como ya estaba bastante oscuro y hacía fresco, Don Quijote y Sancho decidieron descansar, de una vez por todas, hasta el día siguiente.

El primero se eligió una encina para dormir al pie de su tronco. Y el segundo, un alcornoque. Pero los dos tuvieron el mismo sueño: ¡soñaron con molinos de viento que se transformaban en gigantes y con gigantes que se transformaban en molinos de viento!

¡Soñaron con rebaños de ovejas que se convertían en ejércitos y con ejércitos que se convertían en rebaños de ovejas...!



Ni los rayos del sol ni los pajaritos más chillones y desafinados ni los rebuznos del burro de Sancho Panza ni los relinchos del hambriento Rocinante, lograban sacar a Don Quijote y a Sancho del dulce sueño o, por mejor decir, de la pesadilla que los tenía prisioneros. De repente el bosque entero se quedó en silencio... Todos los que estaban despiertos prestaron atención: ¡el Caballero de los Espejos iba a cantar! Cuando empezó las primeras estrofas acompañado de su laúd... ¡entonces sí despertaron Sancho y Don Quijote! Y una vez que se lavaron las respectivas caras, escucharon:
–Ay, *Casildea de Vandalia, señora que admiro,
la más hermosa que existe...*
“Hermosa” quería decir hermosa; todos los caballeros andantes hablaban así y en forma mucho más complicada todavía. Y el canto continuaba lamentándose:



—¡Todos los caballeros de España declaran que eres la más bella entre las bellas! ¡Ah! ¡Y los de La Mancha, también! ¡Sobre todo Don Quijote!

Aquí Don Quijote frunció las cejas y protestó:

—¡No y no! ¡Jamás dije yo que Casildea fuera más bella que todas las demás mujeres que existen! ¡Y no lo será nunca mientras viva Dulcinea del Toboso!





Esto fue muy bien oído por el Caballero de los Espejos,
que se enojó muchísimo.

–¡Casildea es más linda!– insistió.

–¡Dulcinea!

–¡Casildea!

Y así hubieran seguido, para gran diversión de todos,
de no haberse dado cuenta de que eran caballeros andantes
y que los caballeros andantes solucionan sus problemas
de otra manera. De la manera correcta: en duelo.

Antes de la pelea se presentaron los escuderos:

–¡El escudero de Don Quijote, Sancho Panza!

–¡El escudero del Caballero de los Espejos, Escudero del Bosque!

¡Y qué susto se dieron todos, salvo el de los Espejos y el del Bosque! Porque el tal escudero tenía una nariz descomunal, enorme como una montaña.



–¡Ese escudero tiene la nariz encantada, no me cabe la menor duda! ¡Con tal de que no sea el mago Frestón! –dijo el Quijote.
–Ayúdame a subir a un árbol para presenciar mejor el duelo de lanzas –pidió Sancho, cambiando de tema.
–¿No será que le tienes miedo al Escudero del Bosque?



—¡Sí! —admitió el pobre gordinflón—. ¡No me animo ni a tocarlo!
¡Parece un diablo!

—¡Ánimo! ¡Yo te ayudaré! Vamos a buscar un árbol que pueda
sostenerte por lo menos durante quince minutos.

El Caballero de los Espejos estaba ya listo en el extremo
de un espacio abierto en el bosque.





Una ardilla pensaba tirarle con sus nueces, porque estaba de parte de Don Quijote. Pero otra ardilla le dijo:
–No te metas, estas son cosas de caballeros andantes. ¡Que se arreglen solos!
El de los Espejos ya se había largado a la carrera en dirección a Don Quijote.
Pero, cuando vio que su contrincante estaba ayudando a su escudero a subirse a un árbol, se detuvo en seco y esperó.
¡Y cuando quiso volver a arrancar, no pudo! ¡Su caballo se había empacado porque no estaba acostumbrado a correr y hacía lo que le daba la gana!

—¡Me vas a dejar muy mal! —le decía su caballero, desesperado.
Y, en efecto, quedó muy mal el Caballero de los Espejos.
Don Quijote, que se había lanzado al galope contra él,
lo llevó por delante y lo derribó al suelo sin pensarlo dos veces.
—¡Una victoria de Don Quijote! —gritó Sancho apenas vio
lo que vio.
Su árbol no aguantó más y lo bajó despacito hasta el suelo.
Y el fiel escudero corrió hacia su amo para felicitarlo.

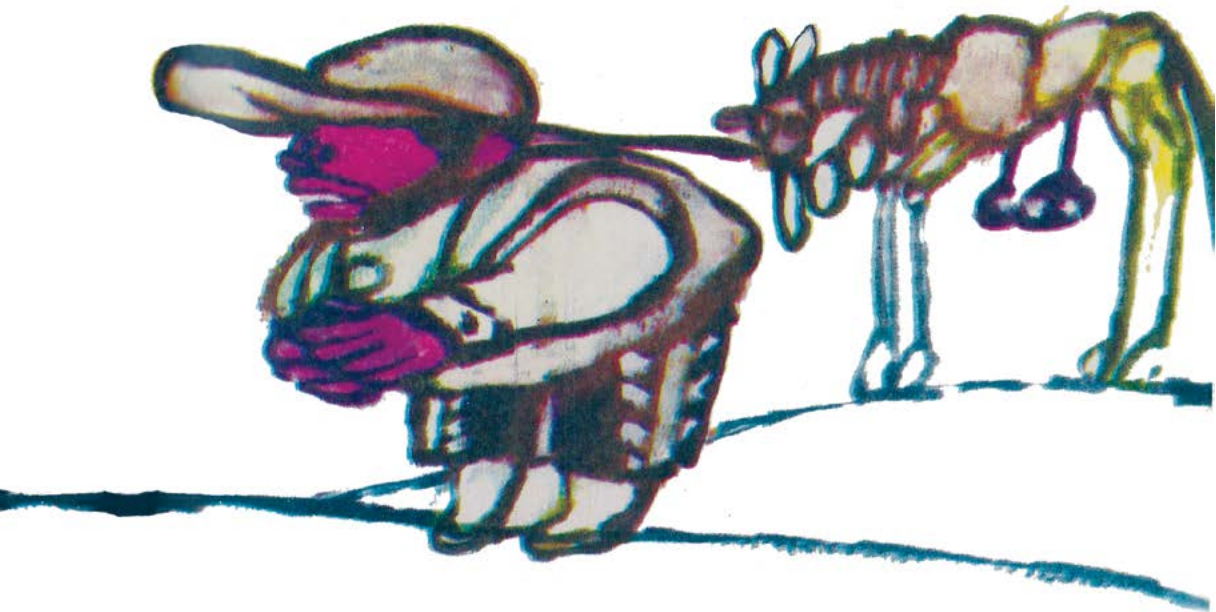


Pero Don Quijote no había terminado todavía.

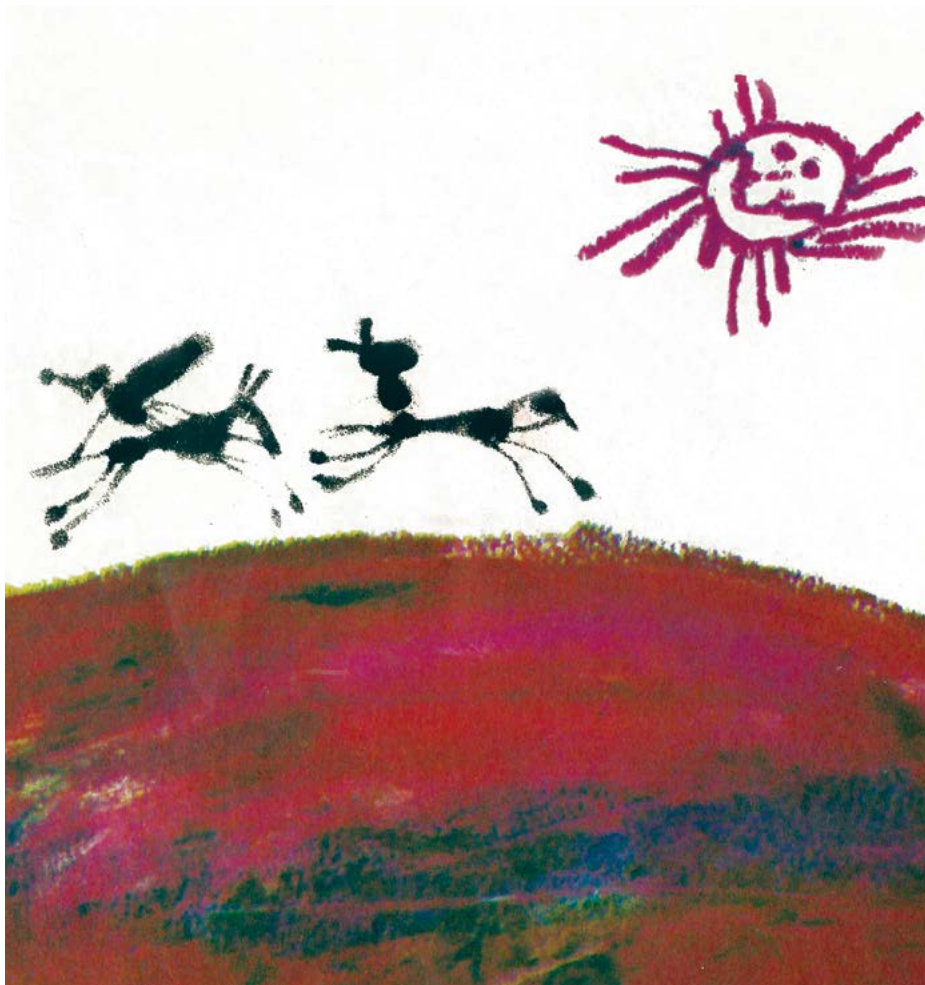
—¡Muerto serás, señor Caballero de los Espejos, si no me confiesas a gritos que Dulcinea del Toboso es mil veces más linda que Casildea de Vandalia!

Aunque el Caballero de los Espejos apenas sabía contar, confesó que sí, que Don Quijote tenía toda la razón del mundo:

—¡Sí! ¡Casildea no le llega ni a las suelas de los zapatos a tu señora Dulcinea del Toboso!



Satisfecho, Don Quijote dejó libre y con vida al Caballero de los Espejos, que se retiró al galope con su Escudero del Bosque. ¡Este se llevó consigo su horrenda nariz y todo el bosque volvió a la tranquilidad y a la paz!





—¿Viste cómo se han arreglado solos? —dijo una ardilla a la otra.
Rocinante pidió algo de comer.
Sancho encontró que los dos, el de los Espejos y el del Bosque,
se parecían vagamente a unos vecinos que él tenía en el país
de La Mancha.

—¡Son los encantamientos, Sancho! ¡Y vivimos rodeados de misterio! —sentenció su amo.
Y así lo creyó el buen escudero.



Don
Quixote
y
el
caballero
de los
leones



Esta es la aventura de Don Quijote y el león.
El león viajaba en una jaula chiquita
y por lo tanto incómoda. La leona también.
El Sol les daba mucho calor.
La tierra entraba por todos lados, les ensuciaba
el pelo y los bigotes...
¡Y la leona estaba sin cepillo!



–¿Está enojada la leona? –preguntó el león.

–¡Sí, estoy muy enojada! ¿Y usted?

–Yo también. Este viaje es un fastidio. ¡Como todos nuestros viajes!

El conductor del carro, en cambio, viajaba mucho mejor que los leones. Y mucho mejor todavía viajaba el cuidador de los leones. Iba sentado sobre almohadones con una sombrilla amarilla y verde.

A Don Quijote la sombrilla le pareció una señal maravillosa.
¡Sombrilla y aventura venían juntas para él!
¡Casi con toda seguridad, era una aventura enjaulada!
–¿Adónde va este carro con jaulas? ¿De quién es? –preguntó
muy serio Don Quijote desde encima de su caballo
Rocinante–. ¡Seguro que está encantado!
–Este carro –contestó el conductor –, que no está encantado
ni por las tapas, es mío. Y lo llevo a la corte del rey.



—¿A la corte del rey?

—Sí, tengo que entregar allí dos feroces leones.

—¿Dos leones? —interrumpió Sancho Panza, el gordo escudero de Don Quijote—. Y... ¿son muy grandes?

—¡Uy! —exclamó el cuidador de los leones—. ¡Son enormes!

¡Son los leones más grandes de toda España y de toda África también!





A Sancho le dieron muchas ganas de echar a correr.
Pero a Don Quijote le dieron muchas ganas de quedarse
porque...

—¿Conque grandes, no? ¿Conque nunca vistos, eh? ¡Por más
encantados que estén, a mí no me asustan! ¡Soltadlos! —ordenó.
El conductor del carro y el cuidador de los leones,
a quien también podemos llamar leonero, no entendían,
pero trataban de comprender.

Y, por supuesto, pensaron una sola cosa: que aquel señor estaba loco. Y más lo pensaron cuando lo vieron con una armadura de cartón, un yelmo herrumbrado, una lanza casera y aquel nombre tan, pero tan raro, de Don Quijote de la Mancha. Sancho se vio en la obligación de explicarles de qué se trataba.





A veces los escuderos están para eso, y Sancho era un buen escudero.

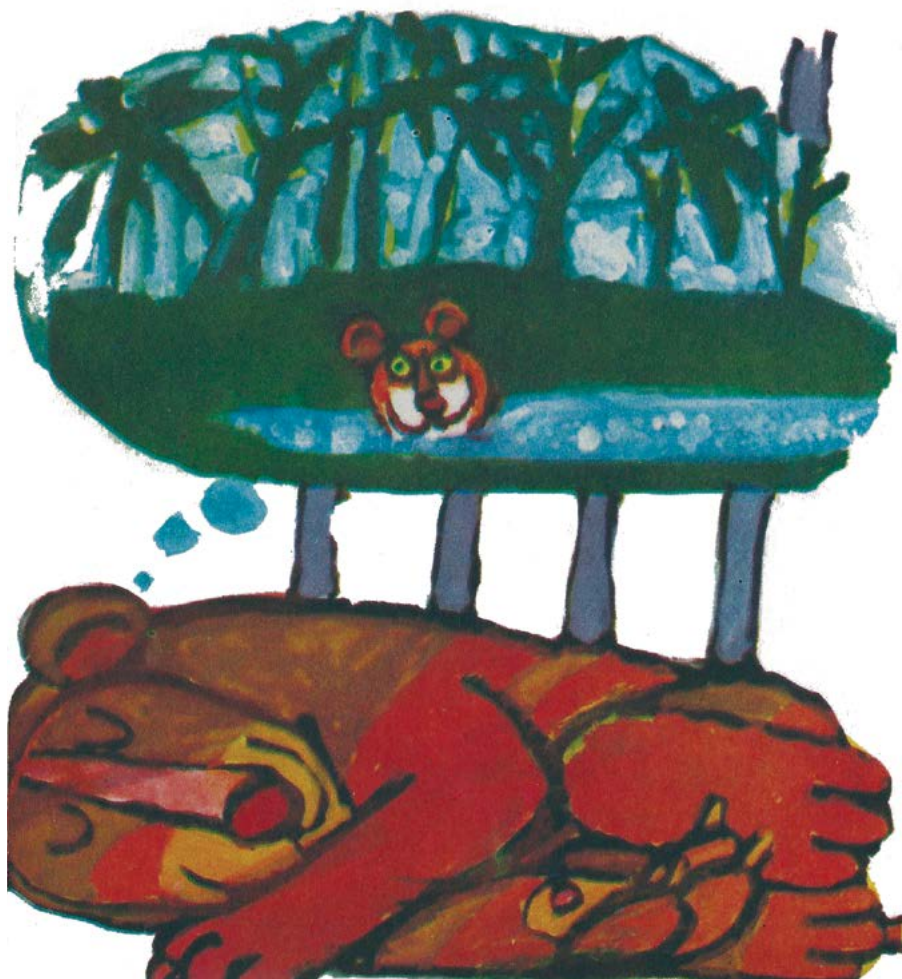
—Mi amo, señores, se llama Don Quijote de la Mancha. Es un caballero andante, de los mejorcitos que hay —. Calló un ratito y siguió diciendo—: Como estos dos leones son, según él lo cree, dos magos disfrazados, peleará con ellos.

–¡Eso nunca! –chillaron el conductor y el leonero a coro–. ¡Nos comerán a todos sin excepción!

Toda esta conversación le gustó muchísimo al león.

–Empiezo a divertirme –pensó, espiando por una rendijita de su jaula.

La leona no se dio por enterada. Dormía y soñaba que se estaba bañando en una laguna de la selva. Y eso le gustaba mucho.





El leonero no se animaba a abrir la puerta, pero Don Quijote se había puesto tan cargoso, que decidió hacerlo, si bien tomando antes una buena precaución: subirse al techo de la jaula. Sancho y el conductor, mientras tanto, se habían escondido en una lomita.

—¡Ah, qué lindo! ¡Un poco de aire fresco! —rugió el león
asomando su cabezota fuera de la jaula.
El leonero creyó que rugía de descontento.
El dueño del carro creyó que rugía de rabia.
Sancho Panza creyó que rugía de hambre.
¡Y Don Quijote creyó que rugía de miedo ante su presencia!





–¡A pelear! –lo invitó reciamente.
–¡No me gusta pelear! –volvió a rugir el león.
–¡Si te das por vencido sin intentar la lucha, me llamaré desde hoy en adelante el Caballero de los Leones! –le dijo Don Quijote.
–Y además te perdonaré la vida –agregó generosamente.
El león no entendió ni jota de todo aquel discurso de Don Quijote.

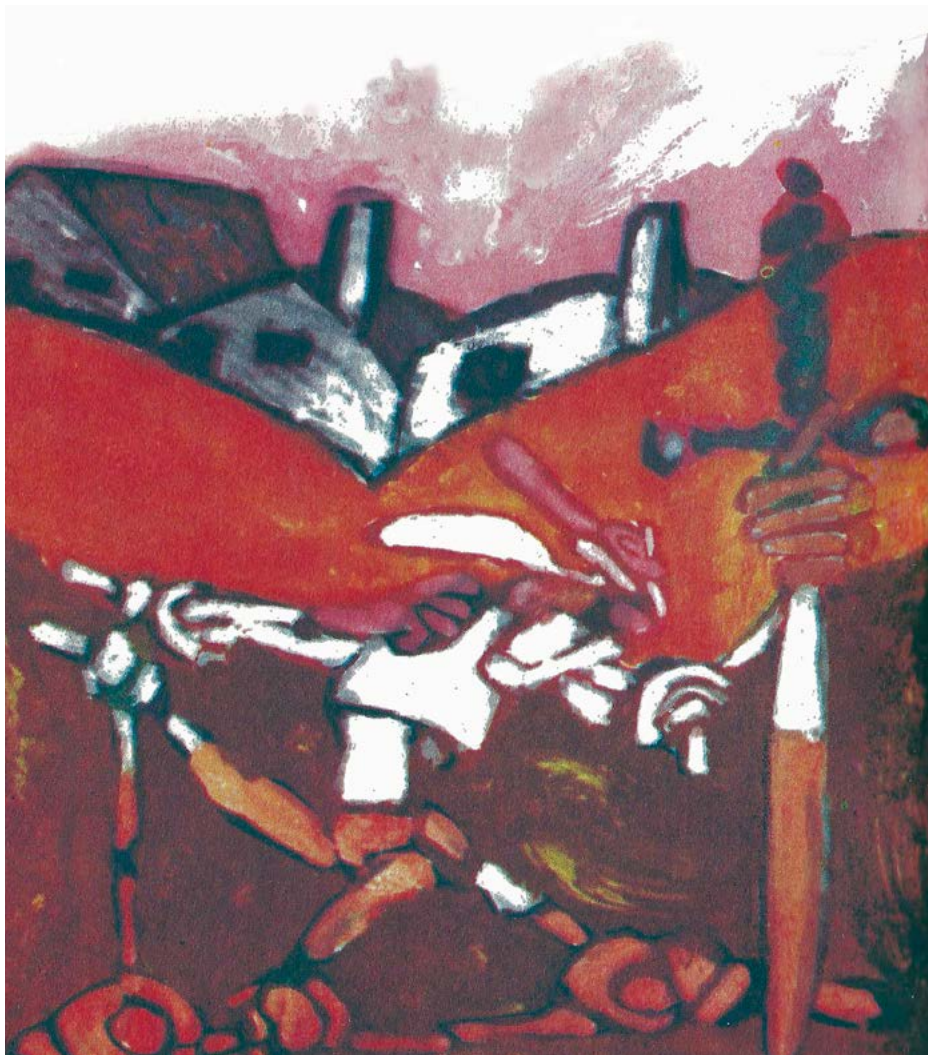




Pero tampoco siguió rugiendo, porque se le había irritado la garganta con tanta tierra.
Así es que se despidió con un gran bostezo de aburrimiento, les dio la espalda a todos y se dejó caer a dormir.

A Don Quijote aquello le pareció un triunfo increíble,
un triunfo sin límites, un triunfo glorioso.

Llamó a todos los demás, que se habían escondido, y les dijo:
–Ya ven que ante mi figura, el más terrible de los leones que
existen se ha acobardado, se ha inclinado respetuosamente. ¡Por
lo tanto, desde hoy me llamaré el Caballero de los Leones!



EL
BARCO
ENCANTADO
Y
LOS
TITERES DEL
SEÑOR
PEDRO





–La sabia Urganda y el sabio Alquife, que me protegen,
me señalan las aventuras con un dedo invisible... –recitaba
Don Quijote, lleno de entusiasmo.

–La sabia Hurgada, o como se llame –decía Sancho– podría
dejarnos en paz con tantas aventuras.

–¡Allá está! –gritó su amo saltando sobre el flaco
Rocinante– ¡Allá está! ¡Al fin!

Sancho, como de costumbre, se pegó un gran susto, aunque no veía nada en diez cuadras a la redonda.

–Y nos está esperando, Sancho. ¡Prepara sus velas para partir!

–¿Quién nos espera y prepara las velas? –preguntó Sancho.

–¡El barco encantado!

En efecto, cerca de la orilla del río había un barquito. Era un barco como cualquier otro. Pero, si Don Quijote lo decía, ¡estaba encantado!

–Seguramente –decía Don Quijote– la sabia Urganda me lo envía para que libere a alguna princesa prisionera en medio del mar.



–¿Y qué tenemos que hacer? –protestó Sancho, que no sabía nadar y por lo tanto no quería vérselas con el agua.
–Debemos subir y partir a la deriva –sentenció Don Quijote. Y con Urganda o sin Urganda se lanzaron a la deriva, dejando al burrito regalón y al hambriento Rocinante solos en la orilla.
–¿Qué es esto de ir a la deriva? –preguntó Sancho, que ya se sentía totalmente mareado y muy triste.
–¡Hacer lo que yo quiera! –canturreó el barquito, balanceándose suavemente.
Así es que el barquito tenía piedra libre para ir donde se le antojara. ¡Y lo hizo! ¡Se abalanzó hacia las cataratas,



pero ni Sancho ni Don Quijote sabían nadar, y de no haber sido por unos pescadores que andaban por allí y que los salvaron, se hubieran ahogado los dos. Pero tuvieron suerte y volvieron a pisar tierra firme, requetemojados y tiritando de frío.

–¡Nos engañó la sabia Hurgada! –se quejó Sancho.

–¡Urganda! ¡Urganda se llama! No te equivoques, Sancho, y de una vez por todas entiéndeme que el que hace trampas es el mismo de siempre: ¡el envidioso de Frestón, mi eterno enemigo!

Pero todo pasó: susto, frío, mojadura y desencanto. Y pronto algo nuevo les llamó la atención. Era un cartelito que decía:

HOY, EN EL TEATRO DEL SEÑOR PEDRO,

LOS TÍTERES REPRESENTARÁN UN GRAN DRAMA.





Y allí fueron Don Quijote y Sancho Panza, a pasar un buen rato con los títeres.

En el teatro vieron y oyeron a la títere Melisendra, que estaba prisionera en una torre. Mientras esperaba y espiaba a lo lejos, Melisendra decía:

–Don Gaiferos, mi marido, ¿cuándo vendrás a rescatarme?

–¡Aquí estoy, inolvidable Melisendra! –clamó una voz desde el fondo del escenario.



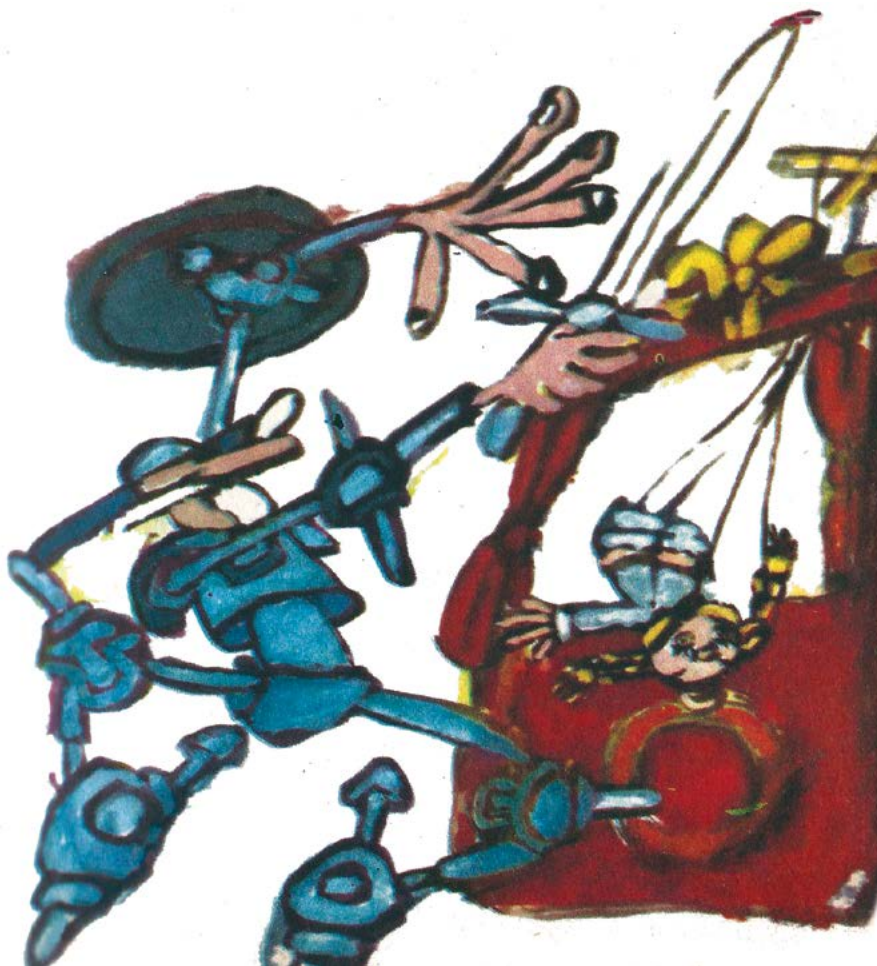
Y apareció Don Gaiferos sobre un caballito de madera
con cola de paja.

Melisendra, con la prisa por escaparse de su prisión,
enredó sus encajes en el balcón y se quedó colgada.

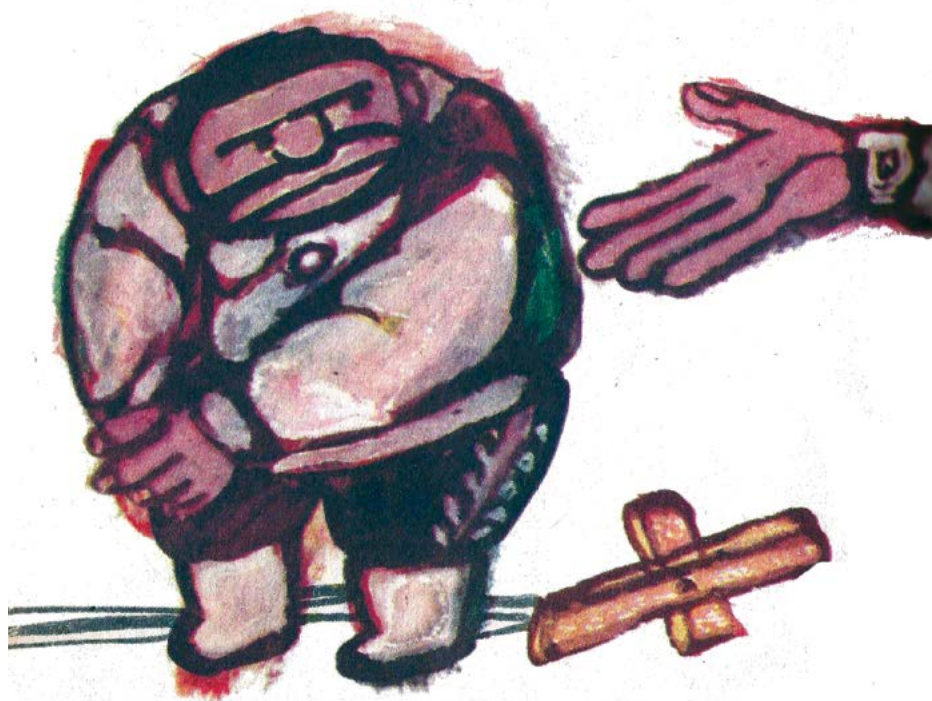
Sancho se reía muchísimo.

Pero Don Quijote, olvidándose de que estaba en el teatro del señor Pedro, y recordando que una ley de caballería le ordenaba ayudar a la gente que se encuentra en apuros, sea donde sea, desenvainó su espada y acudió en auxilio de la desamparada Melisendra.

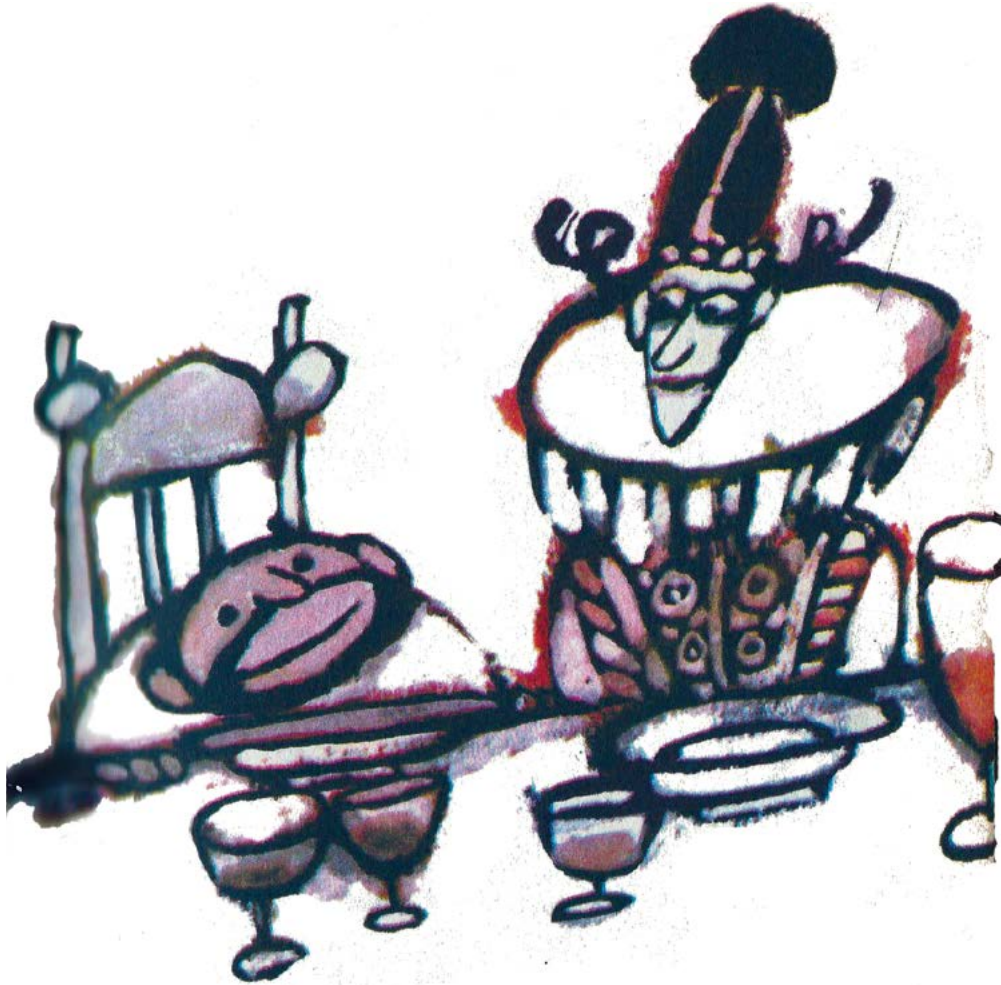
En menos de un minuto, todo el teatro de títeres y también el señor Pedro, volaron por el aire.



¡Don Quijote estaba en acción, haciendo una de las suyas!
Después de trastornarlo y destruirlo todo, el valiente caballero
se dio cuenta de que se había enojado con enemigos de trapo:
¡con títeres! Sancho se rió bastante.
Pero no mucho, porque tuvo que pagar para reparar los daños
causados por su amo.



SANCHO
PANZA
GOBERNADOR



Don Quijote y Sancho llegaron de visita al palacio donde el duque y la duquesa pasaban sus vacaciones. Por supuesto que no bien llegaron, se hizo una fiesta para agasjarlos. Una gran fiesta. Se tocó linda música y todos comieron mucho. Sobre todo Sancho Panza, que era la primera vez que pisaba un palacio y se sentaba al lado de una señora duquesa.

Don Quijote sabía, por todos los libros que había leído, que era muy común para un caballero andante eso de ser invitado al palacio, así que todo le parecía muy natural, como si estuviera viendo salir el Sol desde su casa en la aldea. ¡Aunque de su casa y de su aldea ni se acordaba ya! En cambio, pensaba:





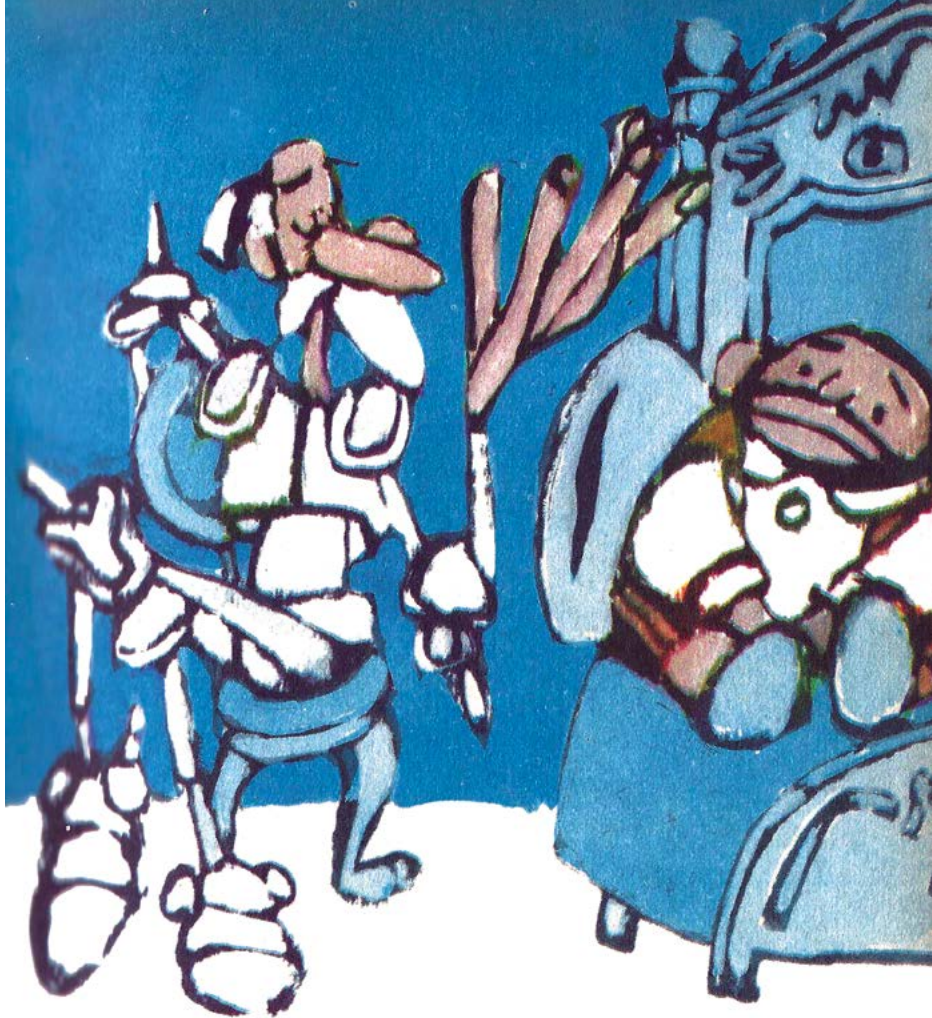
–Si me viera el mago Frestón, que es mi mayor enemigo... ¡Se pondría verde de envidia!

Toda la gente de la corte rodeaba a Don Quijote y a Sancho. Escuchaban sus hazañas y les preguntaban todo lo que se les ocurría.

Una señora gorda muy pintarrajeada preguntó a Sancho: –¿Es cierto que Don Quijote le ha prometido una isla como premio de su trabajo como escudero?

—Sí—contestó Sancho—. Así me lo ha prometido. Y esté usted tranquila, que Don Quijote cumplirá su promesa, porque de lo contrario no sería un caballero andante y yo, Sancho Panza, antiguo labrador, no sería su escudero. Al oír esto, el duque se puso de pie y dijo en voz bien alta, para que lo oyeran todos:
—¡Señor Sancho Panza: en nombre de Don Quijote, yo te nombro gobernador de mi isla más querida, la isla Barataria!





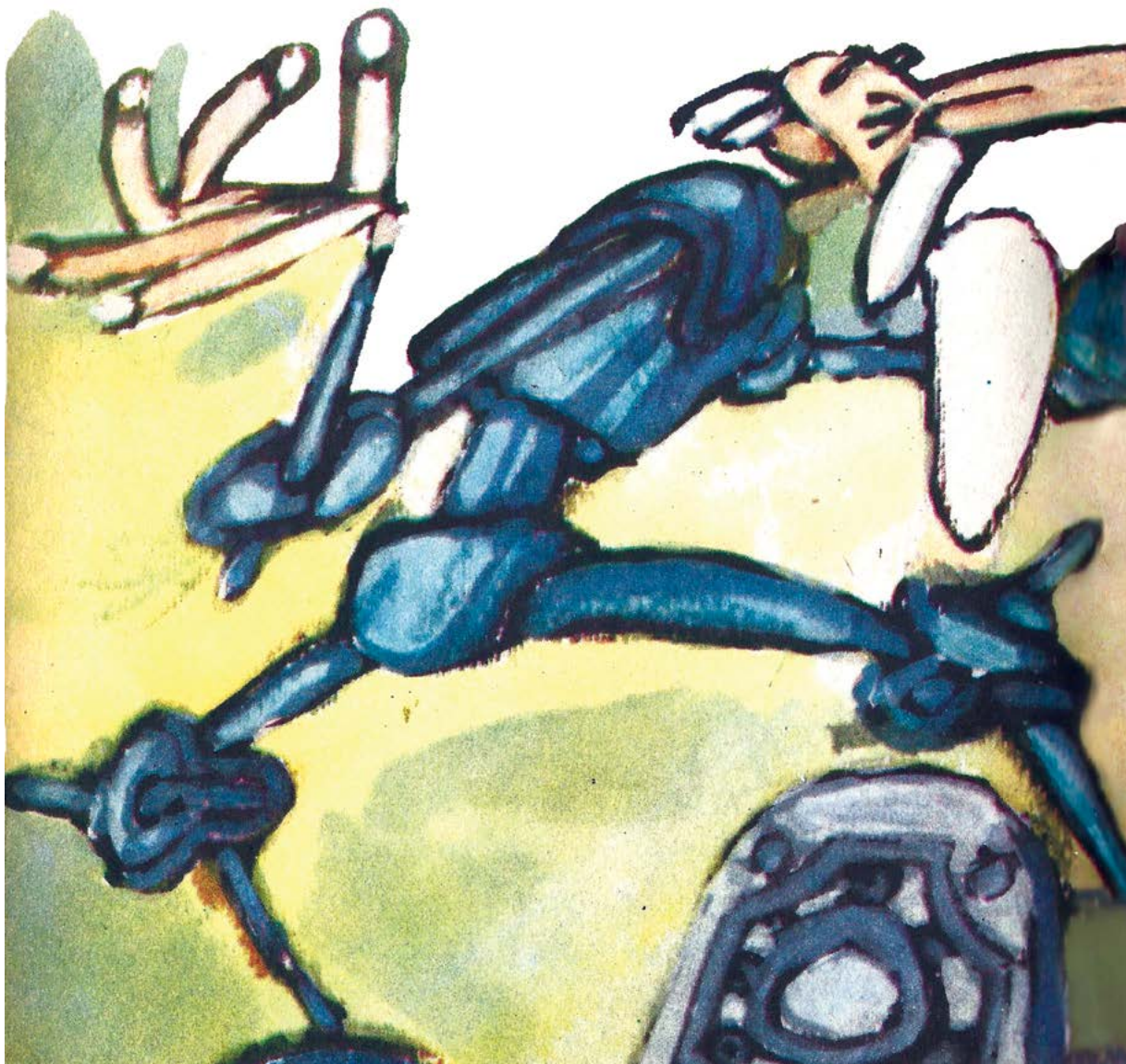
Todos aplaudieron. Sancho también. Y Don Quijote se emocionó muchísimo.

Enseguida se acercó a su escudero y, llevándolo al dormitorio que les habían asignado en el palacio, lo obligó a sentarse en la cama y le dijo:

–Ahora, Sancho, ahora que eres ya gobernador, debes portarte muy bien... ¡Mejor que nunca!

—¡Ya sé!

—Por eso, voy a darte unos consejos. No seas vanidoso y no dejes de saludar a tus vecinos y parientes como si fueras un pavo real. Además, tienes que ser justo y escuchar atentamente a todos



los que te hablen y pidan justicia... Piensa bien antes de decir algo... Levántate temprano... No hagas ruido al comer y córtate las uñas a menudo...

—¡Ya sé, ya sé! —protestó Sancho de nuevo.



–Debes comer poco o poquito o nada, y tu ropa debe estar bien limpia y bien planchada. Y debes andar bien derecho sobre el caballo... Y... Sancho escuchó y escuchó. ¡Don Quijote lo aplastó con una montaña de consejos! Y a Sancho los consejos le entraban por una orejita y le salían por la otra.

–Suerte –pensaba– que no sé leer ni escribir, porque, si no, Don Quijote me hubiera dado todos los consejos por escrito y me los hubiera hecho aprender de memoria.





Y entre consejo y consejo llegó el momento de la despedida. Sancho estaba vestido magníficamente, cubierto con una capa verde de terciopelo. Lo seguía su burro, adornado con sedas y flores. Antes de partir, besó las manos de la duquesa, saludó al duque y miró a su amo. Don Quijote, con lágrimas en los ojos, lo bendijo. Y todos juntos le dijeron: —¡Adiós! ¡Adiós y buena suerte en la gobernación! Sancho se alejó, haciendo pucheros. Su burro también estaba un poco triste.

La famosa isla Barataria no quedaba muy lejos.
—¡Qué linda es! —exclamó Sancho al llegar—. ¡Cuántas casitas
y cuánta gente! ¡Qué repicar de campanas!
Y era cierto. Las dos únicas campanas del pueblo cantaban
todo el tiempo y la gente gritaba:
—¡Bienvenido, Sancho Panza! ¡Bienvenido, el nuevo gobernador!





BIENVENIDO

Cuando las campanas pararon de sonar, todos hicieron un gran silencio. Entonces, un viejo señor entregó a Sancho las llaves del pueblo. Con ello quería decir que a partir de aquel momento, el que allí mandaba era Don Sancho Panza, el gobernador.

Después empezó a decir un discurso:

–Nuestros tatarabuelos, nuestros bisabuelos y nuestros abuelos...



Allí se paró y miró a todos lados, pidiendo ayuda, porque se había atascado y no sabía cómo seguir.

Sus amigos le dictaron:

—... ¡han hecho siempre una sola cosa ante cada nuevo gobernador!

—¿Qué cosa? —preguntó Sancho.

—Hacerle pasar una prueba: el nuevo gobernador debe juzgar, debe contestar y debe dar su decisión ante un gran problema.



–¡Venga el problema! –pidió Sancho, que tenía muchas ganas de empezar a gobernar ya de una vez.

La gente del pueblo lo llevó corriendo hasta el juzgado. Gritando de impaciencia, lo sentaron en una silla de cuatro patas y muchos firuletes, y apareció el problema.





Desde el fondo del salón entraron dos personas que venían discutiendo y moviendo los brazos todo el tiempo. Una de ellas traía unas tijeras en la mano: era el Sastre. La otra no traía nada, pero sus zapatos estaban muy embarrados: era el Labrador. El Sastre empezó a hablar:



–Ayer a la mañana vino el Labrador a mi casa...

–¡Es cierto! –interrumpió el Labrador.

–Y me dio un pedazo de tela –siguió sin hacerle caso el Sastre.

–¡Es cierto! –volvió a interrumpir el Labrador.

–¡Basta! –le ordenó Sancho–. ¡No hables más hasta que llegue tu turno!

El Sastre siguió hablando como si nada hubiese ocurrido:

–Y me pidió que con ese pedazo de tela le hiciera un sombrero. Después me dijo que en vez de uno quería dos, y después que en vez de dos quería tres, y que en vez de tres...

–¿Cuántos sombreros te pidió en total? –preguntó Sancho para acortar.

–¡Cinco!

–¡Es cierto! –gritó el Labrador, y se tapó la boca con las dos manos, porque se acordó de que no tenía que interrumpir.



Nadie le hizo caso, y el Sastre terminó así:

–Quedamos entonces en que le haría cinco sombreros.

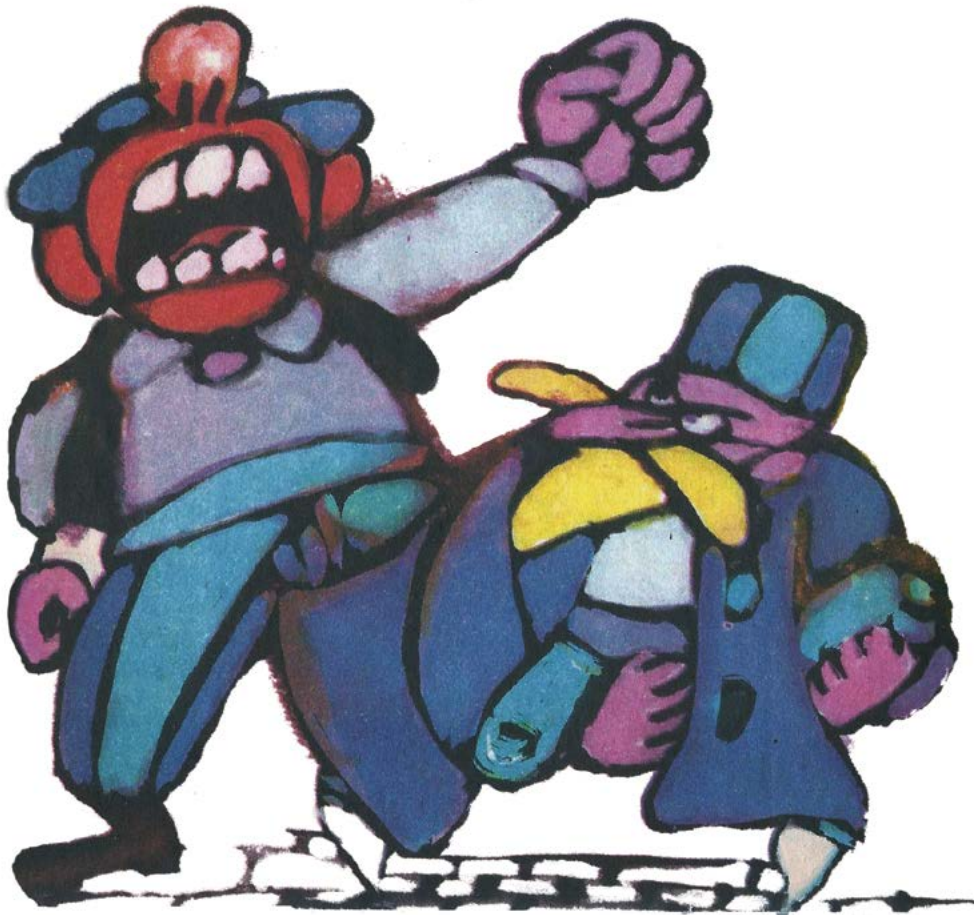
Hoy, cuando vino a buscarlos, no se los quiso llevar...

¡Ni me los quiere pagar!

–¿Es cierto que no quieres pagarme?

–¡Sí! ¡No se los pagaré! ¡Que muestre los sombreros!

¡No sirven para nada! –pidió el Labrador, rojo de rabia.





El Sastre sacó la mano del bolsillo y mostró los cinco dedos de su mano derecha. ¡Todos, sin excepción, del pulgar al meñique, tenían un sombrerito en la punta! Una gran risa bailó un rato por el juzgado. Hasta que Sancho, haciendo funcionar su título de gobernador, ordenó silencio y dijo: –Mi opinión es la siguiente: ni el Sastre se quedará con los sombreros, ni le será devuelta la tela al Labrador, porque ambos han querido estafarse mutuamente. ¡Y eso no lo permitiré en mi gobierno!

Todos aprobaron el primer juicio de Sancho y prestaron atención, porque ya venía la segunda prueba. A continuación entraron dos viejitos muy viejitos. Uno era Don Álvaro y el otro Don Félix. El primero tenía un bastón de caña, el segundo venía sin bastón.



—Le presté a mi amigo diez monedas de oro y no me las devolvió
—dijo Don Félix.

—¡Sí, se las devolví! —gritó el viejito del bastón de caña.

—¡Un momento! —ordenó Sancho—. Este señor acusado va a jurar
aquí delante de todos nosotros que devolvió las monedas. Si así



lo hace, deberemos creerle y dejarlo ir en paz.

Todos estuvieron de acuerdo.

Don Álvaro dijo con cara de pícaro:

–Antes de jurar quiero que Don Félix, mi acusador, me tenga el bastón.

–¡Sea! –dijo Sancho.

Así, mientras Don Félix tenía el bastón de su acusado,

Don Álvaro decía:

–¡Juro ante todos los presentes que devolví las diez monedas de oro! ¡Y hace rato que las devolví!





Ante aquel terrible juramento lo dejaron partir. Don Félix devolvió el bastón a Don Álvaro, y trataba desesperadamente de recordar el día y la hora en que le habían sido devueltas sus monedas. ¡Pero no podía acordarse!
Sancho se quedó pensando con el dedo apoyado en la frente, porque no estaba conforme con el juramento de Don Álvaro.

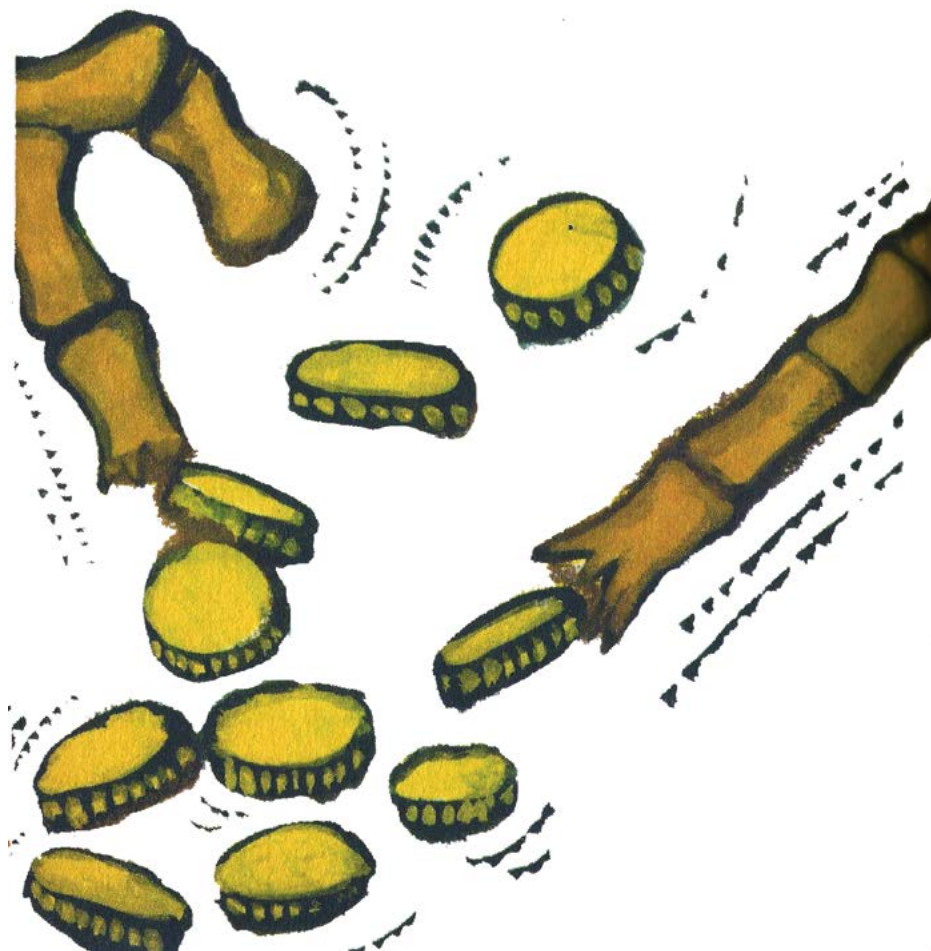
De pronto gritó:

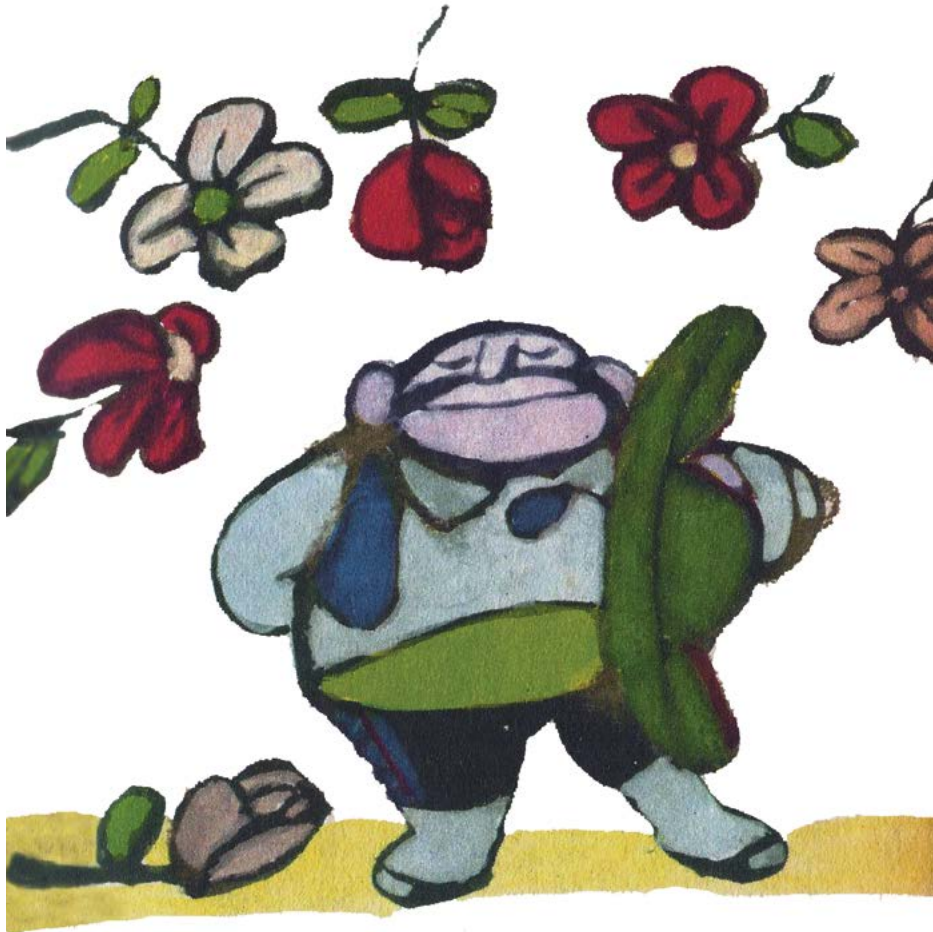
—¡Que vuelva enseguida ese señor! —y quitándole el bastón de caña se lo dio a Don Félix, diciéndole—: ¡Ahí tienes tu dinero!

—¿Cómo me das un bastón? ¡Este bastonzuelo de caña no vale diez monedas de oro! —protestó indignado el pobre Don Félix.

—¡Rómpelo y verás! —le dijo Sancho, sonriendo.

Don Félix rompió el bastón y de su interior saltaron las monedas que había prestado...





–¡Oh! –exclamaron los presentes–. El ladrón de Don Álvaro había escondido las monedas en el bastón. ¡Por eso durante el juramento había pedido que Don Félix le tuviera el bastón de caña! ¡Así no decía mentiras!

Los juicios de Sancho Panza causaron sensación. Hubo muchos aplausos y montones de flores para el nuevo gobernador.

Y así como Sancho triunfó en esto, triunfó también en muchísimos juicios más. Y fue muy querido por todos sus gobernados.

Hasta que empezó a extrañar a Don Quijote. Empezó a cansarse de comer tan poco, de levantarse tan temprano y de andar derecho sobre el caballito...

Y un buen día, quitándose la capa de terciopelo verde y llamando a su burro, le dijo:

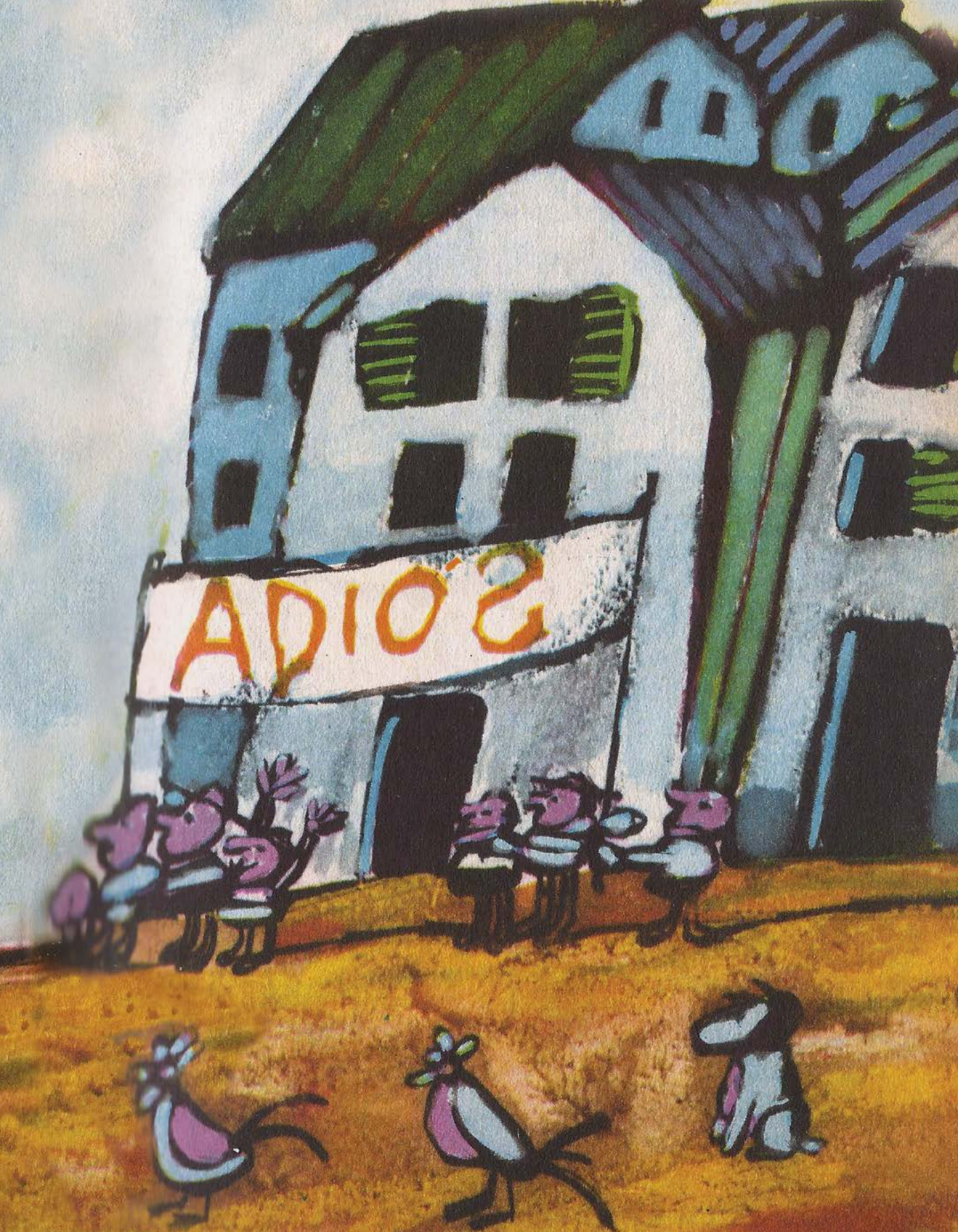




—¿Qué te parece, querido amigo, si renunciamos al puesto de gobernador?
El burro, que también estaba cansado de aquella vida, le dijo un ¡Sí! larguísimo, con un gran rebuzno.
Y reuniendo a todo el pueblo, el sabio Sancho Panza se despidió:

—Amigos, consejeros y señores habitantes de la isla Barataria:
he comprobado que no nací para esta vida de gobernador.
Por eso los dejo hoy y creo que; no volveré más por aquí.
¡Pero no crean por eso que estoy enojado!
Todos se pusieron tristes y quisieron convencerlo para
que no se fuera. Pero fue inútil. No pudieron conseguirlo.
Así que le hicieron una linda fiesta de despedida, le regalaron
un gran pedazo de queso y lo dejaron partir.





Pasito a paso volvió Sancho hasta donde estaba Don Quijote y palabra por palabra le contó todo lo ocurrido. Todo lo que ya sabemos, y muchas cosas más, todas ciertas.

Don Quijote aprobó todo lo que Sancho había hecho, lo felicitó y le prometió nuevas aventuras para el día siguiente y para los meses y los años futuros.



LA
VUELTA
DE
DON
QUIJOTE



Esta vez estaban Don Quijote y Sancho discutiendo con muchas ganas.

–Te digo, Sancho, que no hay nada mejor que ser caballero andante.

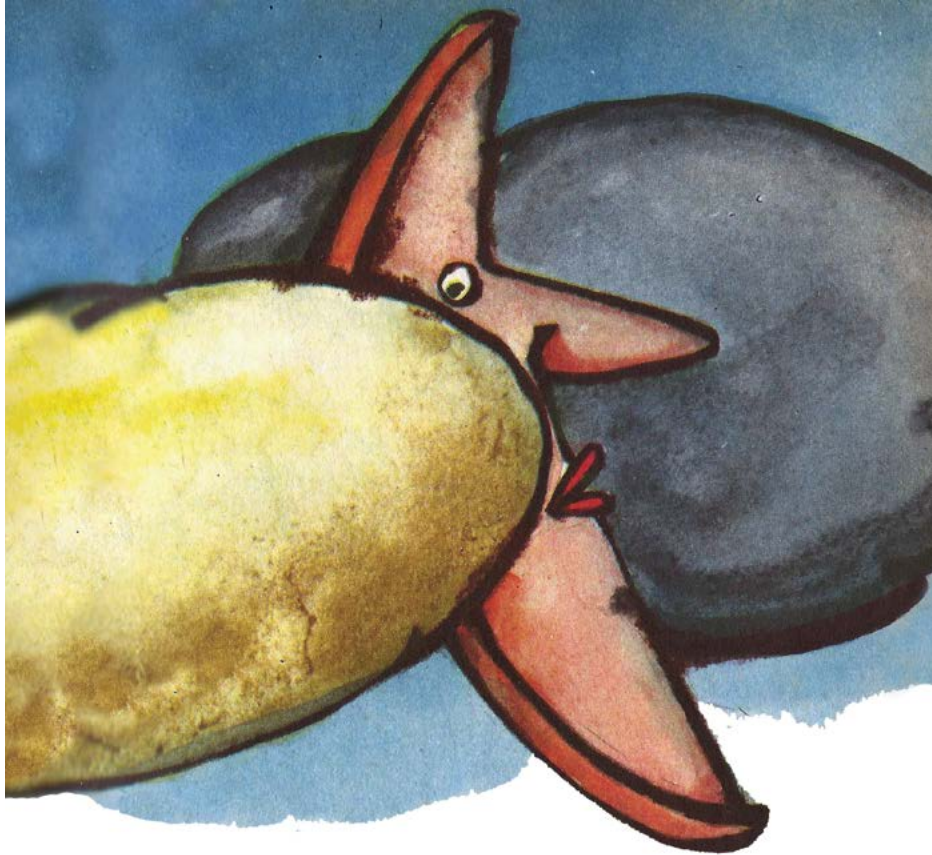
–Yo, lo único que sé, es que no hay nada peor que ser escudero: se pasa mucha hambre, mucho frío y se reciben muchos palos sin tener la culpa de nada –decía Sancho.

Pero no pudieron seguir hablando porque una voz atronadora los interrumpió:

—¡Alto ahí, Don Quijote de La Mancha! ¡Te lo ordena el Caballero de la Blanca Luna!

Un silencio se hizo alrededor. Hasta las ranitas de los charcos dejaron de croar y prestaron atención. El que había hablado de aquella manera, era un caballero impresionante.





Al oír su nombre, la Luna se asomó oronda entre las nubes para ver qué ocurría.

–No te conozco –contestó Don Quijote–. ¡Así que dime de una vez por todas qué es lo que quieres de mí!

–Quiero una sola cosa: ¡que confieses!

–¿Que confiese qué?

—¡Que la Luna es más bella, más blanca y más pura que tu Dulcinea del Toboso.

—¡Eso sí que no! ¡Ni la Luna misma lo es! ¡Nunca diré semejante disparate!

Desde su lugar en el cielo, la Luna sintió ganas de llorar. Ella nunca había oído hablar de Dulcinea del Toboso. Miró para abajo y no la vio por ninguna parte. En cambio, vio cómo Don Quijote de la Mancha se preparaba para enfrentar al Caballero de la Blanca Luna.

El valiente tomó distancia apuntando con su lanza y arremetió a todo galope en dirección a su adversario. El Caballero de la Blanca Luna hizo lo mismo. Chocaron los dos con mucha rabia y fuerza, y uno de ellos cayó al suelo. ¡Era el pobre Don Quijote!





Sancho, como siempre, corrió a ayudarlo,
pero el Caballero de la Blanca Luna se le adelantó.
Se inclinó sobre Don Quijote y le preguntó:

—¿Y?

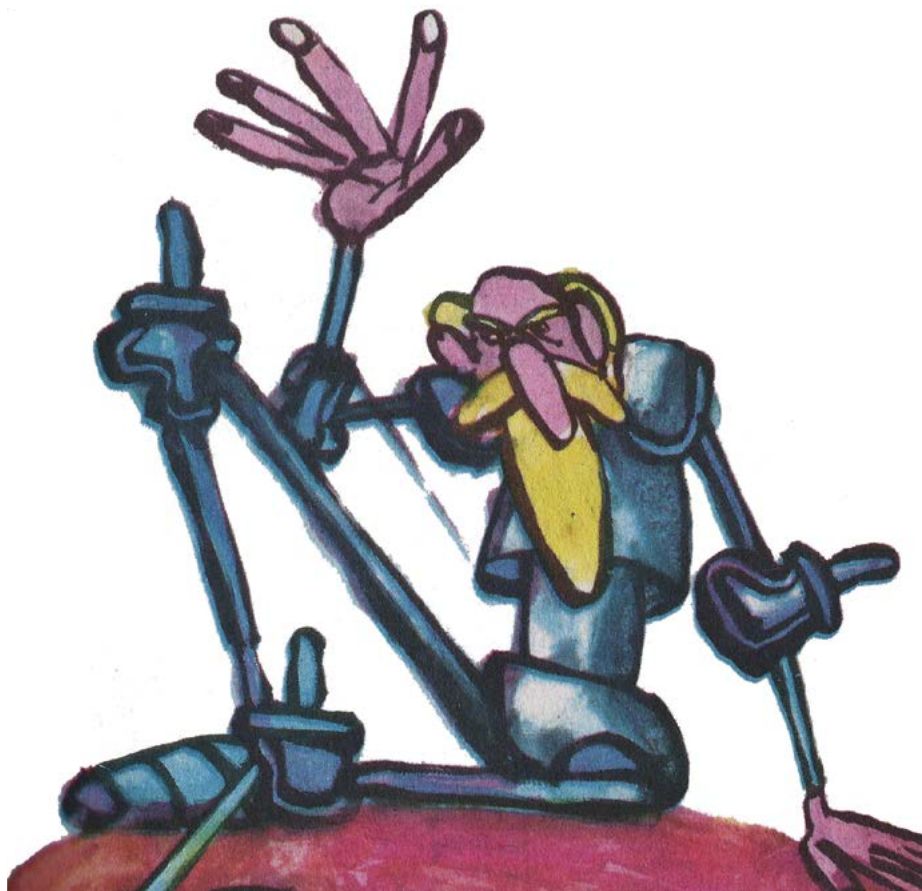
—¡Ay! —se quejaba el caído—. ¡Ay!... ¡No importa! Estoy seguro
de que, aunque yo esté por el suelo, Dulcinea es más linda
que la Luna, que el Sol y que todos los astros juntos.

—Pero... ¿cómo? ¡No puede ser! —dijo el Caballero de la Blanca
Luna dando vueltas alrededor de Don Quijote.



Después sonrió, dándose importancia, y le dijo:
–Ahora que estás en mi poder, orgulloso Don Quijote,
harás lo que yo te ordene. Y lo que ordeno es: te retirarás
a tu casa abandonando las armas y te quedarás allí tranquilo
hasta que yo lo decida.

–¡Está bien, está bien! –rezongó Don Quijote en voz baja–.
Te lo prometo. No soy el primero que sufre una desgracia
como esta. Hasta el mago Merlín vivió encerrado
mucho tiempo... ¡y en una torre de aire!





Sancho creyó que Don Quijote deliraba.

—¿Es que acaso existen las torres de aire?

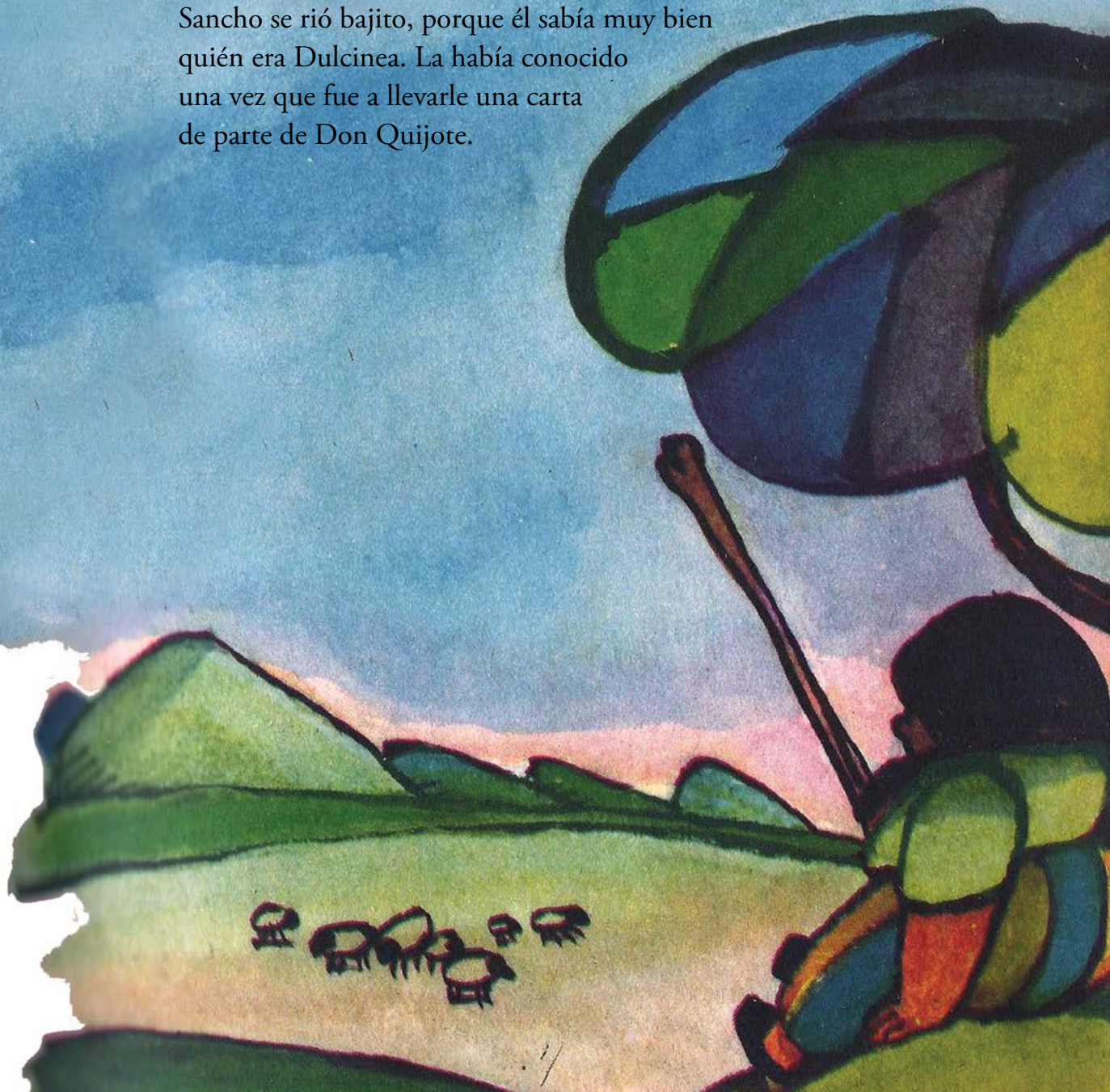
—Por supuesto —le explicó su amo—. ¡Para un caballero como yo, existen hasta torres de aire!

Una vez que Don Quijote se hubo repuesto de la caída y Rocinante estuvo en condiciones de caminar, emprendieron el regreso.

Don Quijote tenía que cumplir lo prometido: quedarse un año en casita, sin molestar a nadie, ocupándose de los quehaceres comunes.

—¡No puedo resignarme! Solo me queda una esperanza: volver a ver a Dulcinea.

Sancho se rió bajito, porque él sabía muy bien quién era Dulcinea. La había conocido una vez que fue a llevarle una carta de parte de Don Quijote.



Don Quijote creía que Dulcinea era una señora muy bien vestida que se pasaba el día bordando con hebras de oro. Pero Sancho sabía que Dulcinea era una pastora como todas, que se pasaba el día en el campo vigilando su rebaño. Sí, sí. Nada había cambiado. Dulcinea no era más que Aldonza Lorenzo, una pastora. Por suerte, Don Quijote no se confundió cuando vio la aldea



ante sus ojos. Tampoco se confundió la gente de la aldea cuando los vio a él y a Sancho aparecer a lo lejos. ¡Don Quijote, más flaco que nunca, y Sancho Panza, tan gordo como siempre! Una sola cosa había cambiado, desde el día en que se habían ido de su aldea. Que Don Quijote, en vez de llevar el casco sobre la cabeza, llevaba un sombrero de vendas, enorme e impresionante. Cuando terminaron de recorrer la calle principal, se separaron.



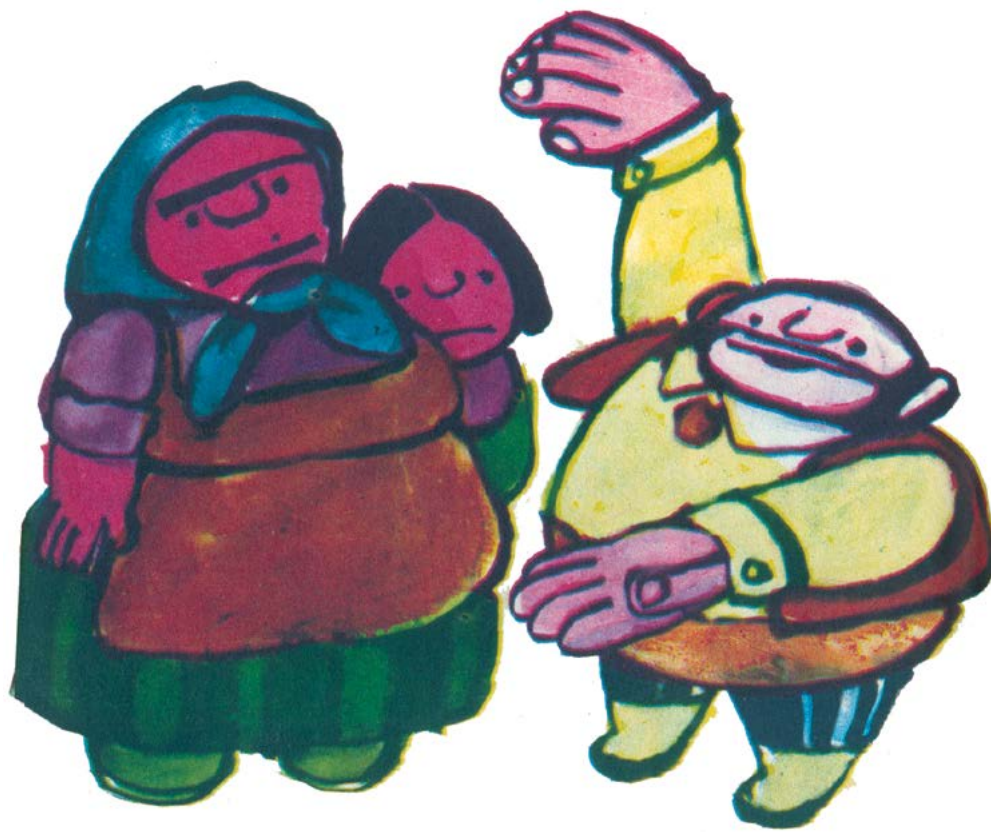
Sancho se fue a su casa.

Teresa, su mujer, y Sanchica, su hija, lo besaron mucho y le hicieron una montaña de preguntas:

—¿Cómo, Sancho —decía Teresa—, un señor gobernador como tú, anda tan mal vestido?

—¿Cómo se vestían las damas de la corte? —le preguntaba su hija, que era más que curiosa y más que coqueta.

—¡Silencio! —dijo Sancho—. ¡Ya les contaré todo: una maravilla tras otra! ¡Castillos imponentes! ¡Encantamientos a granel!





Así se quedaron los tres muy contentos, contando las monedas que Sancho había traído y escuchando sin parar las famosas aventuras que junto a Don Quijote había pasado. Mientras tanto, el cura de la aldea y un estudiante meterete que se llamaba Sansón Carrasco, conversaban con Don Quijote. –¿Así que un tal Caballero de la Blanca Luna le hizo prometer que se quedaría un año en casita? –le preguntaba el señor cura, mientras guiñaba un ojo al estudiante. –¡Eso mismo! –dijo Don Quijote. Miró al estudiante y pensó: “¡Qué parecidos son el Caballero de la Blanca Luna y Sansón Carrasco!”. Y no se equivocaba.



¡Sansón Carrasco y el Caballero de la Blanca Luna no solo se parecían, sino que eran la misma persona! ¿Qué había ocurrido? Que el estudiante Sansón Carrasco se había disfrazado de caballero andante y había tendido una trampa a Don Quijote. El cura estaba de acuerdo con el estudiante, porque pensaba que aquel iba a ser un remedio definitivo para que Don Quijote se dejara de andar por ahí buscando aventuras. Y todos juntos, el cura, el estudiante, la sobrina de Don Quijote y el ama de llaves, empezaron a aconsejarle como si fuera un niño: –Ya está muy viejo para andar por ahí –le decía la sobrina, que estaba preocupada por su salud.

–Es usted un señor muy importante, para arriesgar su vida por los caminos –decía el cura.

–Los caballeros andantes ya no existen –insistió el estudiante.

–¡La culpa de todo la tienen los libros de caballería! ¡No debe leerlos más! –le pedía el ama, que había quemado ya unos cuantos de aquellos libros para que Don Quijote no los viera en adelante.

Sancho Panza había guardado ya todas las monedas para comprar ropa a su familia y había contado ya a su esposa y a sus hijas toda la historia de sus aventuras.

Entonces fue a casa de Don Quijote y le preguntó:

–¿Cuándo volvemos a partir? ¿Es cierto que tenemos que quedarnos un año aquí quietitos? ¡Qué va a decir el mago Frestón! ¡Se va a morir de risa!



Todos lo miraron con cara seria. Seguramente aquel mago Frestón era un invento más de los libros que tanto mal habían hecho a Don Quijote.

Sancho prefirió callarse y esperar un tiempito para ver qué pasaba. Ante tanta charla, la cabeza de Don Quijote empezó a dar vueltas como una calesita: Don Quijote estaba mareado.

Vio cómo el mago Frestón se reía a carcajadas antes de esconderse entre las páginas de los libros.

Vio cómo los enormes gigantes que lo habían amenazado, se convertían en molinos de viento.

Vio cómo los enormes castillos que había visto a lo largo de los caminos, se convertían en posadas llenas de humo y olor a sopa.





Vio cómo las duquesas, marquesas, princesas y damas de la corte se convertían en pastoras y aldeanas.
Vio cómo los ejércitos famosos que había enfrentado con tanto valor, se convertían en rebaños de ovejas.
Y se sintió tan mal, que pidió permiso y se fue derecho a la cama. Durmió muchas horas, profundamente.



Cuando se despertó, llamó a todos los de la casa y les dijo muy contento:

—¡Ya sé! ¡Ya sé que me llamó Alonso Quijano y no Don Quijote!
¡Y que soy un señor como cualquier otro y no un caballero andante!

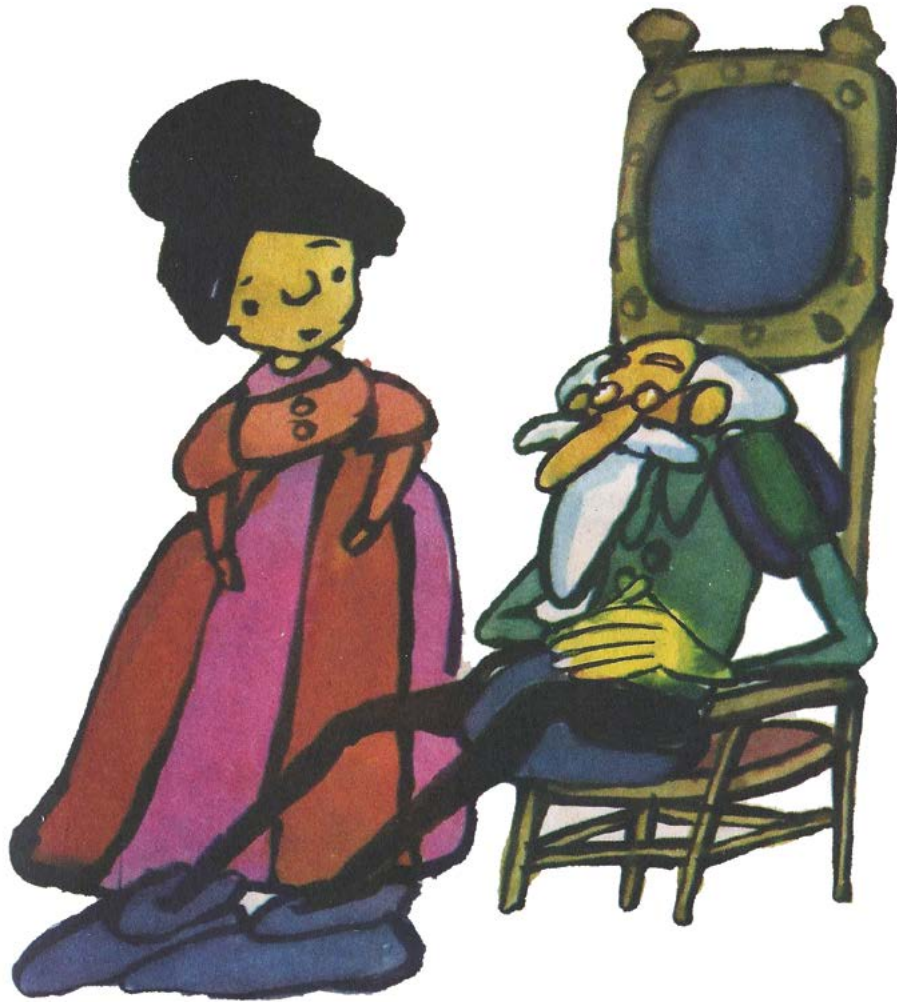
Al oír esto, Sancho se puso muy triste. Porque si Don Quijote



no era más Don Quijote, él no tenía por qué ser un escudero y volvía a ser un campesino. ¡Y ya no saldrían más por los caminos a buscar aventuras de toda clase!

Pero cuando se acordó de todos los malos momentos que había pasado, consideró que ya era suficiente y se conformó con seguir siendo lo que realmente era: un buen labrador.





Cuando el señor Quijano, que antes se llamaba Don Quijote, se puso más viejito, se le ocurrió dar consejos a su sobrina. Y entre los consejos que le dio, le dijo que no se le ocurriera nunca casarse con un lector atolondrado de libros de caballería, porque si lo hacía, lo iba a pasar muy mal. Eso es lo que le dijo, y por aquel entonces mucha gente pensaba lo mismo.

Pasado cierto tiempo, un señor escribió un libro, que se tituló *Las Aventuras de Don Quijote de la Mancha*. Lo escribió para mostrar cómo Don Quijote había sabido luchar para defender hermosas ideas, aun haciendo muchos y grandes disparates. Y tanto gustaron las aventuras de Don Quijote, que las leemos todavía nosotros.

Adaptación © Cristina Gudiño Kieffer



Aventuras de Don Quijote

El mundo de Don Quijote	13
La descomunal batalla de Don Quijote	35
Don Quijote, el Caballero de los Leones	59
El barco encantado y los títeres del Señor Pedro	75
Sancho Panza gobernador	85
La vuelta de Don Quijote	117

Los cuentos de Polidoro

1. *Pulgarcita* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
2. *El gigante y el viento* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
3. *El gato con botas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
4. *El patito feo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
5. *Juan y la planta de habas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
6. *La bella durmiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
7. *El soldadito de plomo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
8. *El viaje de los animales* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
9. *El ruiseñor* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
10. *El traje del emperador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
11. *Caperucita Roja* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
12. *La Cenicienta* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
13. *Los tres deseos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
14. *La suerte del leñador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
15. *Los músicos de Bremen* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
16. *Alí Babá y los 40 ladrones* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
17. *El sastrecillo valiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
18. *Aladino y la lámpara maravillosa* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
19. *El ganso de oro* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
20. *El fuego y los cuentacuentos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
21. *Hansel y Gretel* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
22. *El pozo de las monedas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
23. *Simbad el marino* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
24. *La bolsa encantada* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
25. *El cuento de la noche* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
26. *El caballo volador* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
27. *Brita y las nornas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
28. *El hada Globo Azul* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
29. *Los dioses campeones* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
30. *El espíritu del bosque* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
31. *El príncipe sapito* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
32. *El príncipe que perdió la risa* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
33. *La selva del Yasí-Yateré* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
34. *El atado de heno* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
35. *Las aventuras de Pinocho* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
36. *Pinocho, el gato y la zorra* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
37. *El árbol de la luna* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
38. *Pinocho y el hada azul* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.

39. *El duende de la granja* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
40. *Pinocho en el país de los juguetes* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
41. *La Tierra ya está hecha* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
42. *Pinocho y la ballena* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
43. *Teseo y el minotauro* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
44. *Meñique* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
45. *En el país de los gigantes* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
46. *La pajarita de papel* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
47. *Pandora* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
48. *La cigarra y la hormiga* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
49. *Las aventuras de Ulises* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
50. *El rey y el leopardo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
51. *La flecha mágica* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
52. *U-Lan. El hombre de la luna* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
53. *Las trampas del Curupí* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
54. *El ratón azul* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
55. *Las alas de Bolita* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
56. *La zorra y las uvas* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
57. *El gigante Jacinto* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
58. *Bambú, el elefante negro* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
59. *El cumpleaños de la Tía Emilia* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
60. *El tesoro de los incas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
61. *La lechera y el cántaro* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
62. *El castillo del sol* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
63. *La hija de la tierra* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
64. *El elefante triste* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
65. *La tortuga y los patos* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
66. *Anguyá el invisible* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
67. *Los mellizos de la Pachamama* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
68. *Los sueños de José* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
69. *La rebelión de Marfisa* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
70. *El viaje de Jonás* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
71. *El mundo de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
72. *El arroyo cantarín* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
73. *La descomunal batalla de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
74. *El gato Perejil* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
75. *El arca de Noé* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
76. *Don Quijote, el Caballero de los Leones* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

77. *David y Goliat* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
 78. *Sancho Panza, gobernador* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
 79. *Jehová y la creación del mundo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
 80. *La vuelta de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

De: *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América Latina.* Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2007.



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Afiche
de promoción
en vía pública**

1967

tomo
N°

1

El mundo de Don Quijote
La descomunal batalla de Don Quijote
Don Quijote, el Caballero de los Leones
El barco encantado y los títeres del Señor Pedro
Sancho Panza gobernador
La vuelta de Don Quijote



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.